

HARLEQUIN®

Deseo®

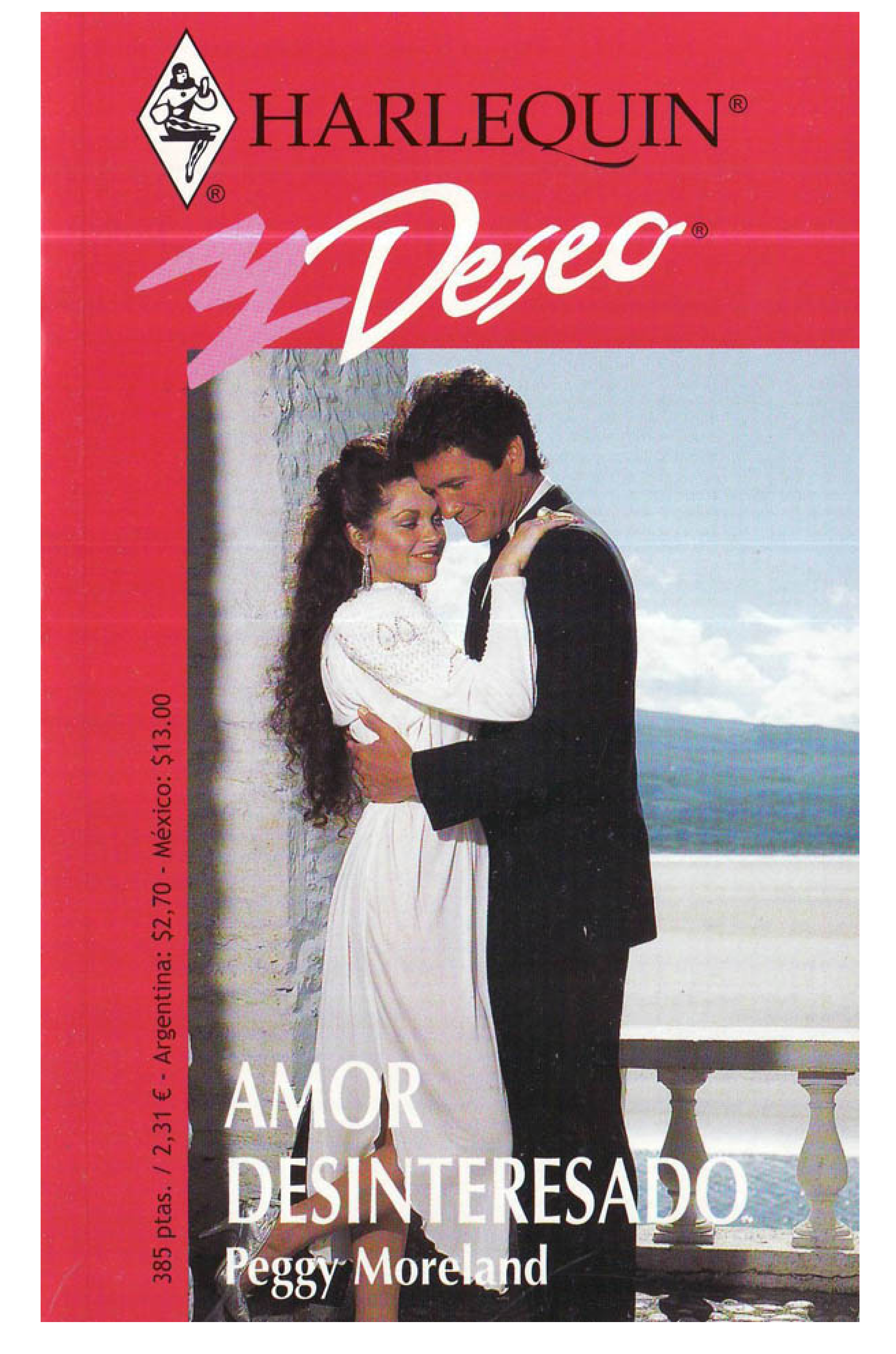
385 ptas. / 2,31 € - Argentina: $2,70 - México: $13.00

AMOR DESINTERESADO

Peggy Moreland

Amor desinteresado

Peggy Moreland



Amor desinteresado (2001)
Título Original: Millionaire boss (10.10.2001)

Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1070
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Eric Thompson y Penny Rawley

Argumento:

Penny Rawley no había cruzado todo el estado de Texas para permitir que Eric Thompson, su atractivo jefe, se aprovechara de su posición. Quizás fuera su nueva secretaria, pero había llegado a aquella poderosa empresa con una sola idea en mente: casarse con el hombre al que siempre había amado, aunque él se empeñara en no hacerle ningún caso, salvo para darle órdenes a gritos. Pero eso iba a cambiar…

Eric no podía creer lo que veía con sus ojos: aquella sosa secretaria se había convertido en una mujer despampanante. Deseaba seducirla y demostrarle quién era el jefe… El problema era que no era eso lo que le dictaba su hasta entonces imperturbable corazón. Algo dentro de él lo impulsaba a hacer suya la encantadora inocencia de Penny.

Capítulo 1

Era exactamente el argumento de una novela de amor: Hombre y Mujer se conocen superficialmente en la universidad, luego sigue cada uno su camino después de graduarse.

El hombre dedica su vida a crear su negocio y rápidamente alcanza el calificativo de líder del mundo empresarial y de soltero codiciado.

La mujer, que ha entregado su corazón al hombre, se resigna a ser una solterona y dedica su vida a cuidar la casa de su hermano viudo y sus tres hijos sin madre.

Diez años más tarde la mujer encuentra un anuncio del hombre solicitando secretaria y se presenta para el empleo, segura de que ha sido el destino quien hizo que viera el anuncio en el preciso momento en que ella ha decidido que su hermano y sus sobrinos se han hecho demasiado dependientes de ella y que necesita buscarse una vida propia, apartarse de ellos.

La reunión tiene lugar y el hombre declara su amor imperecedero a la mujer y vivieron felices y comieron perdices.

Penny Rawley se hubiera reído del manido argumento y de la patética heroína con su caso terminal de amor no correspondido, si no fuera porque reflejaba su propia vida… bueno, excepto la última escena con la reunión y las perdices. Esa parte aún no había sido representada.

Pero pronto lo sería, pensó, mirando inquieta las puertas del ascensor que estaban frente a su mesa. ¿La reconocería él cuando llegase? se preguntaba nerviosa. ¿Recordaría a la compañera de estudios que le había mecanografiado los apuntes hacía diez años?

Por raro que pareciese, llevaba trabajando un mes para Erik Thompson y aún no se había encontrado con él cara a cara. Él estaba en viaje de negocios por Japón cuando Eleanor Hilloughby, la secretaria a quien Penny había reemplazado, la contrató para el puesto. Eleanor, una señora dulce y amable, le había dicho que se jubilaba para poder pasar más tiempo con sus nietos, aunque Penny sospechaba que la mujer bien podría estar en aquel momento haciendo cestas de mimbre en algún manicomio en lugar de estar mimando a sus nietos.

Después de haber pasado menos de un mes en aquel empleo, Penny estaba convencida de que cualquiera que trabajase directamente para aquel hombre era un candidato de primera línea para una lobotomía frontal. Él era desorganizado, absorto en sí mismo, y se comunicaba con sus empleados como si fueran solo máquinas.

Suspiró ante el recuerdo de los cientos de correos electrónicos que él había enviado a su ordenador desde los más remotos confines del

mundo. Solamente fragmentos, todos ellos. Racimos de palabras una al lado de otra sin el menor cuidado por la sintaxis, la ortografía, o la puntuación. Descifrarlos era tan tedioso como intentar descubrir un código secreto.

Pero lo que más la irritaba era que ni una sola vez, en ninguno de los email que la había enviado, había hecho el menor comentario por el cambio en el personal de su oficina ni se había dirigido directamente a ella en ninguna forma. Todos sus correos estaban dirigidos a misecretaria@cybercowboy.com. A juzgar por esto, Penny podría ser perfectamente un mono que comiera plátanos alegremente mientras manejaba todos los asuntos personales y profesionales de él.

Se dijo a sí misma que aquello no importaba, que no le dolía que él no la recordase. Solo porque ella sí se acordara de Erik él no estaba obligado a hacer lo mismo. Después de todo ella era Penny Rawley, vivo ejemplo de la chica que nadie saca a bailar. Poco atractiva, invisible, alguien a quien se olvida con facilidad; mientras que él era Erik Thompson. Un genio de los ordenadores y excelente empresario. El soltero más codiciado de Texas, si no de todo el mundo. El hombre que se había nombrado a sí mismo comisario del ciberespacio, cabalgando la banda ancha en vez de un caballo y con un teclado por arma en lugar de un revólver de seis tiros en su búsqueda de delincuentes de la nueva frontera conocida como Internet.

Pero sí dolía, tuvo que reconocerlo mientras intentaba contener las lágrimas que inesperadamente acudieron a sus ojos. Temía morirse de pena o sentirse muy humillada si él al llegar no la reconocía o por lo menos se daba cuenta de que alguna vez la había tratado.

A la porra su cita con el destino, se dijo a sí misma tomando el bolso. Se despediría. Se iba a marchar antes de que él llegase y así se ahorraría el corazón roto y la humillación. Encontraría un nuevo trabajo en una empresa menos conocida, con un propietario menos célebre. Una empresa en la que ella no tuviera ninguna pasada conexión con su jefe.

En el momento de ponerse en pie, bolso en mano y lista para una salida apresurada, sonó la puerta del ascensor indicando su llegada a la planta ejecutiva. Atrapada, se quedó mirando inmóvil cómo se abrían las puertas y salía su ocupante. Era un hombre que llevaba un maletín en una mano y un montón de papeles en la otra.

Ella lo miró de arriba abajo, fijándose en la camiseta negra con el emblema de Cyber Cowboy, en los vaqueros desteñidos que se ceñían a sus delgadas caderas y en las piernas largas y musculosas que le acercaban a su mesa con paso decidido. Ella miró también sus botas de vaquero y luego su pelo negro como el carbón que se le rizaba en la frente y detrás de las orejas.

¿Erik Thompson? Se preguntó asombrada.

Ella esperaba que él hubiese cambiado con los años. Que hubiera cambiado de estilo de vestir por uno más acorde con su estilo de vida y su riqueza. Un traje de seda a medida, zapatos italianos, un Rolex, cualquier cosa que diera muestra de su éxito ¡Pero él no había cambiado en absoluto! Seguía vistiendo como vaquero con mala suerte, exactamente igual que cuando ella le había conocido diez años antes.

Sin levantar la mirada del informe que estaba estudiando pasó por delante de la mesa y murmuró una orden de una sola palabra pidiendo café.

Ella lo siguió con la mirada hasta su despacho. Contempló sus anchas espaldas y un roto que llevaba en el pantalón a la altura del bolsillo que dejaba ver una estrecha franja de seda negra. ¡Él usaba calzoncillos negros de seda!

Sin volverse él cerró la puerta de golpe. El ruido la sobresaltó.

Se quedó sentada un buen rato mirando la puerta cerrada hasta que oyó una voz que decía:

—¿Dónde está mi café?

Ella vaciló, recordando su anterior decisión de marcharse. «Le daré un par de días más», se prometió a sí misma mientras servia el café. «Y luego, si me parece imposible trabajar con él me marcharé».

Tuvo que respirar hondo antes de llamar a la puerta, al no recibir respuesta abrió y lo vio sentado con la cabeza apoyada en las manos y leyendo el informe. El sol entraba por el ventanal que estaba detrás de él y creaba un halo dorado, si es que los ángeles caídos tenían halo.

A los dieciocho años ella pensaba que Erik Thompson era el hombre más guapo y sexy que había conocido nunca, y ninguno de los que vio después le hizo cambiar de opinión. Entonces, como ahora, él proyectaba una imagen de fuerza, de confianza en sí mismo y de capacidad intelectual que no eran más que un pequeño indicio de la agudeza de una mente brillante, de su impaciencia por conquistar el mundo y reclamarlo para sí… y una sexualidad innata que la hacía derretirse como la miel.

Cierto que había que mirar más allá de su ruda apariencia, porque parecía que tenía aversión a los peines y las máquinas de afeitar, o eso indicaban sus rizos y la barba incipiente que sombreaba su mandíbula.

Mientras ella lo miraba él apartó una mano de la cara, pasó la página y volvió a ponerse la mano en la sien, como si la necesitara para soportar el peso de su cabeza. Estaba agotado, observó ella con una punzada de simpatía y preguntándose inmediatamente por la causa de su fatiga.

—Buenos días, señor Thompson —dijo pensando que lo más adecuado era un saludo formal, especialmente porque él no parecía haberla reconocido—. ¿Qué tal le ha ido su viaje a Japón?

Con la atención fija en el informe, él musitó algo y alargó la mano. Su respuesta se parecía tanto al gruñido de buenos días de su hermano, que se quedó pasmada ¿Eran iguales todos los hombres? Se preguntó incrédula ¿Daban todos por supuesto que sus necesidades serían satisfechas sin tener que pensar en las personas que estaban cubriendo esas necesidades?

Decidida a hacer notar su presencia dejó la taza de café sobre la mesa en un punto fuera de su alcance y dio un paso atrás.

Después de un momento él alzó la mirada hacia la taza, pero sin mirarla a ella. Volvió a su informe bebiendo de la taza.

—¿La nueva secretaria?

Penny puso los ojos en blanco. Incluso en conversación él parecía comunicarse por fragmentos de frases, aunque este no era difícil de descifrar. Su significado estaba muy claro y demostraba lo que ella ya sospechaba. Él no se acordaba de ella.

Pero no murió con el corazón roto, como había temido que le sucediera. Ni sufrió ni una brizna de humillación. En vez de eso se sintió invadida por la furia.

—Sí —dijo extendiendo la mano, decidida a obligarle a tocarla, a demostrarle que ella era un ser humano, no uno de sus complicados sistemas informáticos—. Me llamo Penny Rawley.

Él levantó la mirada, la miró a los ojos unos instantes y luego miró su mano. Frunció el ceño, dejó a un lado la taza, estrechó brevemente su mano y luego la soltó.

—¿Le explicó todo la anterior secretaria? —dijo enfureciéndola más aún al volver una página del informe y seguir leyendo, en vez de centrar su atención en ella.

—Sí, fue muy meticulosa.

—Se ocupaba de todos los detalles de mi vida. Personales y de negocios. Espero que usted haga lo mismo.

—Me explicó muy claramente mis obligaciones.

Una esquina de su boca se frunció ligeramente en lo que parecía ser una sonrisa de aprecio. El efecto en ella fue devastador.

—Estoy seguro de que sí —miró hacia arriba y se encontró con los ojos de ella, la miró con sus ojos azules como si estuviera valorándola. Ella hizo lo que pudo para no llevarse la mano al moño en que se había recogido su larga cabellera y para no tirar del dobladillo de la falda de corte conservador. Contuvo el aliento esperando algún tipo de reacción por su parte, alguna señal de que se acordaba de ella.

Cuando él volvió a desviar su atención al informe, ella soltó el aire y con él todas sus ilusiones. Descorazonada, colocó los papeles que llevaba en la mano sobre el escritorio de él.

—He preparado su programa de esta semana. Si quiere echarle una ojeada le contestaré cualquier pregunta que quiera hacerme.

Sin levantar la mirada él puso el programa sobre el informe que estaba leyendo y miró la primera página mientras tomaba el café. Miró la larga lista de citas y luego lo dejó a un lado, centrándose de nuevo en el informe.

—Cancélelas —ella alzó las cejas ante la inesperada orden.

—¿Cancelarlas?

—Si. Voy a California esta tarde. Estaré fuera una semana.

Ella lo miró fijamente, pensando en todas las llamadas que tendría que hacer, y los egos que tendría que calmar cuando informase a aquellas personas de que Erik Thompson no podría verse con ellos como estaba programado.

Él levantó la vista impaciente al observar que ella seguía junto a su mesa.

—¿Necesita algo más?

—Nnnno —tartamudeó ella yendo hacia la puerta—. A no ser que tenga otras instrucciones que darme.

—No —hizo un gesto con la mano como de echarla. Luego puso las botas sobre la mesa, con el informe delante de la cara—. Por el momento no.

Erik bajó el informe para mirar a la puerta que había cerrado su secretaria.

Un ratón, pensó con desagrado mientras la puerta se cerraba sin ruido. Un ratón remilgado y asustado de su propia sombra ¿En qué estaba pensando la señora Hillonghby cuando contrató a una mujer como aquella para que ocupase el puesto de secretaria?

Sabiendo que no había más que una forma de descubrirlo salió de su despacho a toda prisa.

Su nueva secretaria, el ratón, como ya la había apodado, levantó la mirada de su mesa al oírlo pasar.

—¿Dónde va? —preguntó sorprendida.

—Fuera.

—Pero si acaba de llegar.

Él no la hizo caso y entró en el ascensor. Veinte minutos más tarde estaba en la puerta de la casa de su antigua secretaria, esperando impaciente a que ella le abriera. Cuando lo hizo entró inmediatamente.

—¿Quién es el ratón?

—¿Ratón? —preguntó confusa cerrando la puerta tras él—. ¿Te refieres a la nueva secretaria que contraté?

—Sí. Ella —él se sentó en una silla—. ¿Cuál es el trato?

—Así que ya la has conocido —se sentó a su lado y sonrió complacida consigo misma.

—Sí. Y es un ratón ¿En qué estabas pensando? No va a funcionar.

—Pero si es perfecta. Muy organizada, extremadamente inteligente, leal sin tacha. Además es soltera y está dispuesta a trabajar todas las horas extra que exige tu agenda.

—Es un ratón —repitió con tono desagradable—. No será capaz de soportar la presión del puesto.

—Es decir que no podrá soportar tus arranques de mal humor —él frunció el ceño ante la reprimenda.

—Además eso —murmuró sin querer admitir que su antigua secretaria había dado en el clavo.

—Entonces puede que tengas que aprender a controlar tu mal genio —parecía una madre en lugar de una antigua empleada. Erik la miró con una media sonrisa. Iba a echar de menos a esa mujer—. ¿Por qué no te olvidas de esas tonterías de la jubilación y vuelves a trabajar conmigo? Sabes tan bien como yo que nadie puede reemplazarte.

—No puedo. Mis nietos me necesitan.

—Yo te necesito. Esos crios tienen a sus madres para que los cuiden. Yo solo te tengo a ti.

—Tú ya estás crecidito y eres muy capaz de cuidarte a ti mismo —él dejó pasar esto sin comentarios, quedándose en silencio. Supo que era la táctica adecuada cuando ella empezó a retorcerse las manos—. ¿Cuándo comiste por última vez?

—No me acuerdo, hace por lo menos un día, o dos.

—Erik Thompson —gritó ella levantándose—. ¡Por Dios! Un hombre necesita comer para conservar la fuerza —encendió la parrilla y el horno.

—Ya. Lo sé, por eso te necesito.

Ella apretó los labios y le lanzó una mirada de «no creas que me estás engañando, jovencito» y luego se concentró en preparar unas tortitas.

Riéndose, Erik se acomodó en la silla y miró la acogedora cocina. Le gustaba mucho aquella habitación, con su inagotable provisión de aromas que hacían la boca agua, el montón de adornos inútiles y la maraña de dibujos y fotos que cubrían la puerta de la nevera. Creía que había pasado más tiempo en aquella mesa y en aquella habitación de lo que lo había hecho en la cocina de la casa en la que vivió de pequeño, un hecho que hablaba por sí solo de su relación con sus padres.

—¿Has sabido algo más de Boy Wonder? —preguntó mientras daba la vuelta a una tortita.

Erik frunció el ceño al recordar al misterioso e irritante pirata informático que saltaba de aparato en aparato y de servidor en servidor eludiendo a Erik.

—Sí. Un par de veces. Sigue por ahí, entrando por las puertas de atrás en los sistemas que no son asunto suyo.

—¿Ha hecho algún daño?

—Ninguno que yo pueda determinar. Me imagino que está preparando algo grande para pronto. Lleva demasiado tiempo sin hacer nada.

—Lo atraparás.

—Puedes jurarlo —murmuró irritado de que el pirata hubiera evitado todas las trampas que le había puesto hasta el momento.

—Ella hará un buen trabajo.

Él levantó la mirada, descolocado mentalmente por el rápido cambio de tema. Luego, al darse cuenta de que hablaba de su nueva secretaria frunció el ceño y se echó hacia atrás para que ella pudiera colocar el plato delante de él.

—No tan bueno como el tuyo —ella sonrió complacida por el cumplido y se sentó a su lado. Puso una mano sobre la de él, su sonrisa se hizo melancólica.

—Estoy muy agradecida por el trabajo que me ofreciste cuando murió Red. Sinceramente no sé que hubiera hecho de no haber sido por ti.

Al recordar la muerte, cinco años antes, del hombre que había sido un padre para él, mucho más que el propio, Erik apretó los labios para contener la emoción. Dio la vuelta a su mano y cerró los dedos en torno a los de ella.

—Red era un buen hombre. El mejor.

—Él estaría muy orgulloso del trabajo que estás haciendo.

—Me dio mi primera oportunidad. Me enseñó todo lo que sé.

—Sí, y aún estaría más orgulloso de saber que tomaste todos sus conocimientos y continuaste su trabajo.

—Nosotros lo continuamos —afirmó él, recordándola que ella había tenido una parte muy importante en el trabajo que él había hecho después de la muerte de su marido. Ella se rió y le apretó la mano antes de soltarla.

—Y disfruté de cada momento. Pero ya ha llegado el momento de empezar una nueva etapa de mi vida, la de abuela amante.

—Estarás aburrida a muerte antes de un mes. Te lo garantizo.

—No —le dijo, y se secó con el delantal una lágrima reveladora—. De verdad que estoy deseando pasar tiempo con mis nietecitos.

—Entonces ¿por qué no tomas el empleo a tiempo parcial? No hay razón para que no sigas trabajando para mí y también que puedas pasar tiempo con tus nietos.

—Lo que pasa es que tienes miedo de que si me jubilo deje de cocinar para ti —dijo ella riendo.

—No solo es eso. Te necesito, formamos un equipo.

—Y Penny y tú también formaréis un buen equipo —sonrió y le acarició la mejilla—. Dale una oportunidad y verás que Penny Rawley

es exactamente la mujer que necesitas en tu vida.

Unas horas más tarde Erik seguía enfurruñado y preguntándose qué habría querido decir la señora Hilloughby con su comentario. ¿Estaba haciendo de casamentera? Se preguntó echando una ojeada a su secretaria que estaba sentada transcribiendo los datos que había grabado en cintas en sus reuniones de Japón.

Miró rápidamente a otro lado, descartando el pensamiento. No, se dijo a sí mismo. Aunque la señora Hilloughby había estado entrometiéndose sin contemplaciones en su vida desde hacía más de quince años, desde el momento en que Red le había llevado a su casa por primera vez, y después en su trabajo desde la muerte de su esposo, pero nunca había intentado emparejarle con una mujer.

Volvió a levantar la mirada cuando su nueva secretaria se alzó del asiento y se dirigió al despacho contiguo.

—Espere un momento —Penny se detuvo sorprendida por la orden de su jefe, que casi parecía un ladrido. Se volvió contenta pensando que por fin la había reconocido.

—¿Si?

—¿Tiene usted familia?

—Bueno… no. Tengo un hermano, dos sobrinas y un sobrino.

—Bien —mientras hablaba estaba buscando unos datos en el ordenador—. Porque va a venir conmigo a California esta tarde.

—¿A California? ¿Con usted?

—Sí. Vaya a casa a hacer el equipaje. Lleve algo bonito.

—¿Bonito? —intentaba hacerse a la idea de que iba a viajar con él.

—Sí, ya sabe, un vestido de cóctel o algo así.

—¿Pero por qué?

Él frunció el ceño. Parecía haber encontrado la información que buscaba.

—Una de esas fiestas de etiqueta. Tengo que llevar acompañante.

Capítulo 2

Suzy puso a un lado la maleta de Penny y se tumbó boca abajo en la cama.

—No me puedo creer que Erik no se acordase de ti.

—Han sido diez años —le recordó a su amiga, pero sin mirarla a los ojos para que no observase su decepción.

—¿Y qué? También han pasado diez años para ti y tú te acordabas de él.

—Sí, pero es distinto.

Suzy puso los ojos en blanco, pero dejó pasar el comentario. En vez de eso empezó a curiosear las cosas que Penny había empaquetado.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera?

—Una semana.

—¿Estás pensando en saltarle al cuello?

—¡Suzy! —alzando una ceja Suzy le mostró el envase de plástico que había encontrado.

—Entonces ¿por qué has empezado a tomar la píldora? —con las mejillas ardiendo, Penny le quitó de las manos el envase y lo volvió a guardar en la maleta.

—Eso no es asunto tuyo. Además, empecé a tomarla hace un mes.

—Solo intentaba ayudarte a afrontar los hechos —dijo Suzy riendo.

—Si quieres ayudarme dime que me puedo poner en una fiesta de etiqueta.

—¿Qué tienes?

—Bueno —dijo Penny estudiando la ropa de su armario—. Está el vestido de flores que me puse el Domingo de Pascua de hace tres años. Ya sabes. Ese con la falda hasta la pantorrilla con mangas de capa y cuello puritano.

—Por favor, dime que no estas pensando en ponerte esa antigualla.

—¿Qué tiene de malo el vestido de flores?

—Nada, si lo que piensas hacer es llevar a un montón de bebés a buscar huevos de Pascua. Por Dios, Pen, tienes que dejar de vestirte como si fueras tu madre. Sé atrevida. Juega a sorprender. Te garantizo que si lo haces ningún hombre te quitará los ojos de encima. Ni siquiera el Cyber Cowboy.

Penny se volvió a mirar atentamente los vestidos que colgaban de su armario, todos ellos más adecuados para una reunión de la AMPA del colegio de sus sobrinos que para un cóctel al que iría acompañada de Erik Thompson. Tampoco esperaba que él se fijase en ella, pensó tragándose un nudo que se le había formado en la garganta.

—No tengo nada más —dijo descolgando el vestido de flores—.

Tendrá que valer.

—Vámonos de compras —dijo Suzy saltando de la cama—. Vamos a comprar algo que sea pecaminosamente caro. Algo escandaloso que haga que a Erik se le salten los ojos de las órbitas.

—No hay tiempo. Tengo que estar en el aparcamiento de la oficina a las cinco —dobló cuidadosamente el vestido—. No queda más remedio que apañarse con esto.

—El vestido estará bien —dijo Suzy pasándole un brazo por los hombros—. Y tú también. Va a ser mejor que me vaya para que termines el equipaje. Llámame en cuanto vuelvas.

—Lo haré.

—Más te vale. Quiero que me cuentes todos los detalles íntimos y por cierto…

—¿Qué?

—No te olvides de tomar la píldora.

Erik estaba apoyado en su camioneta, con los brazos cruzados mirando cómo aparcaba su secretaria su coche color crema. El coche era tan impersonal y poco atractivo como su dueña, pensó.

¿En qué estaría pensando su secretaria cuando contrató a aquella mujer? Penny Rawley era un ratón, asustado de su propia sombra. La primera vez que él tuviera un ataque de mal humor, cosa a la que tenía que reconocer que era propenso, ella saldría corriendo y llorando. Y él no tenía ni tiempo ni paciencia para tratar con una llorona.

La miró mientras ella sacaba una cinta del radiocasete, la guardaba en su caja y la metía en la guantera. Sus movimientos eran metódicos… cosa que no era mala. Erik valoraba el orden, aunque él fuera incapaz de crearlo, pero ¿para qué estaban las secretarias? ¿No se había ocupado siempre la señora Hilloughby de todos los detalles de su vida para que él pudiera centrarse en las cosas importantes?

Claro que lo había hecho. Y además tenía un sexto sentido para intuir su estado de ánimo y anticiparse a sus necesidades y se las había apañado para no ver sus ataques de mal humor, aunque no tenía miedo de decirle lo que pensaba si le parecía necesario.

Y ahora tenía un maldito ratón, pensó irritado mientras observaba a su secretaria.

Tenía aún el cabello recogido en aquel moño de solterona que llevaba por la mañana y el mismo traje con aquel lazo cursi atado bajo su barbilla.

Una semana, pensó con un suspiro mientras se dirigía hacia ella. Tendría suerte si no se moría de aburrimiento el primer día.

Al llegar al coche se agachó para que su cara estuviese al nivel de la ventanilla.

—¿Lista?

Antes de que pudiera saber lo que estaba sucediendo se encontró con un bote de spray paralizador ante la cara. Un ratón defendiéndose de un león comedor de hombres. La imagen era lo bastante ridícula como para resultar cómica.

—Por favor, no dispare —dijo con rostro inexpresivo—. Vengo en son de paz.

Ella apretó los dientes y subió el cristal de la ventanilla. Luego salió del coche.

—Me asustó —dijo en tono acusador. Él enarcó una ceja sorprendido por la inesperada muestra de genio.

—No quería hacerlo. Iba a ofrecerla ayuda para llevar el equipaje.

—Puedo hacerlo sola, gracias.

Ella abrió el maletero y ambos se inclinaron a tomar la bolsa de viaje, sus manos se rozaron y también sus cabezas. Ella se echó súbitamente hacia atrás, sujetándose la mano como si la hubiera picado una avispa. Él se hizo cargo de la bolsa.

—Por aquí.

Ella se dio la vuelta, pero se quedó paralizada antes de haber dado un solo paso. Él le puso una mano en la espalda.

—¿Qué pasa? ¿No había visto nunca una furgoneta? —ella se echó a un lado para rehuir el roce.

—Naturalmente que sí. Crecí en un rancho. Nunca pensé que usted utilizaría una.

—Ningún vaquero auténtico debe ser visto conduciendo otra cosa.

Al ver que ella seguía vacilando y mirando con nerviosismo la enorme distancia entre el suelo y el coche, que era bastante más alto de lo normal, comprendió la causa de su preocupación. A no ser que se subiera la falda hasta la cintura no había forma de que pudiera subirse al coche.

Aunque pensó que la situación merecía la pena de ser contemplada resolvió el problema tomándola por la cintura y subiéndola al coche. Ella dio un pequeño grito y se agarró a él.

—¿Está cómoda? —preguntó intentando no sonreír. Ella lo miró fijamente, con sus ojos verdes muy abiertos, la cara pálida y dos manchas de color en las mejillas. Un mechón de pelo rojo zanahoria se había escapado de su moño y rozaba su sien. Él tuvo una sensación de *déjá vu* ¿había vivido antes esa escena?—. ¿Nos hemos…?

Ella apartó de él la mirada y se sentó mirando al frente.

—Muy cómoda —le cortó—. Gracias. Erik frunció el ceño un instante y luego se encogió de hombros y se dirigió al asiento del conductor.

Penny miró de reojo a Erik que estaba arrellanado en el asiento

contiguo al suyo con los ojos cerrados y la boca ligeramente abierta, estaba dormido. Ella se inclinó un poco para aprovechar aquella oportunidad de observarlo sin que se diera cuenta. No había cambiado mucho, las líneas de los ojos eran un poco más profundas y las mejillas algo más huesudas, pero básicamente era igual que como ella lo recordaba.

Pensó en qué diría él si supiera que ella había tenido fantasías con él durante todo aquel tiempo, tejiendo unos sueños que la hacían sonrojarse al pensar en ellos. Él probablemente se reiría. Nunca le había prestado atención cuando estudiaban juntos, tratándola como la trataba ahora, como si solo fuera un robot programado para hacerle el trabajo. Entonces la quería para que le consiguiera un sobresaliente en inglés y ahora para ocuparse de todos los detalles de su vida.

«¿Entonces que es lo que encuentras tan irresistible en este hombre?» se preguntó. En lugar de responder la pregunta le quitó una pequeña pelusa de la camiseta y después, incapaz de resistirse le pasó la mano por los bíceps para retirar rápidamente la mano. «Dios mío, no podré sobrevivir toda la semana sin saltarle al cuello como una ninfómana hambrienta de sexo».

Él era demasiado guapo, demasiado sexy, demasiado mundano… demasiado todo y ella era solo Penny Rawley, una solterona poco atractiva que no se había alejado nunca más de cien kilómetros del rancho en que nació.

Descorazonada, alzó la mano para apagar la luz de lectura, pero en cuanto sus dedos rozaron el interruptor, una alarma empezó a sonar en el ordenador portátil que Erik tenía sobre las rodillas. Se quedó paralizada por el sonido y al ver que la pantalla del ordenador se ponía roja.

Erik se enderezó de un bote y se dio en la cabeza con el brazo de ella que seguía en alto. Él apartó el brazo y se aferró al ordenador.

—Yo no lo toqué. Lo juro, solo quería apagar su luz.

—Es él —dijo él sin hacerla caso, fijo en la pantalla.

—¿Él? ¿Quién es él?

—Boy Wonder —contestó él mientras sus dedos volaban sobre el teclado. Ella miró atónita la información que aparecía en la pantalla que para ella era tan incomprensible como la referencia de Erik a Boy Wonder—. Está aquí al lado.

—¿Aquí al lado? —repitió ella preguntándose si él se acordaría de que estaban en un avión a diez mil metros sobre el suelo.

—Desde la oficina —repuso él con impaciencia dando un puñetazo en el borde del portátil que hizo saltar al ordenador y a Penny—. Se ha ido. Ese maldito pirata se ha vuelto a escapar de las redes.

—¿Quién es Boy Wander? —preguntó ella asustada por su ira.

—Si supiera quién es no estaría aquí sentado escuchando tu

cotorreo. Estaría metiéndole en la cárcel.

Molesta por su respuesta desagradable a lo que ella consideraba una pregunta sencilla, Penny se dio la vuelta en su asiento y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Bueno, discúlpeme. No es como si conociera todos los detalles de su vida y sus negocios. Solo llevo un mes en el puesto ¿sabe?

Erik giró bruscamente la cabeza para comerse cruda a su secretaria… pero cuando la vio la cara se tragó su comentario hiriente. Había lágrimas en sus ojos, y su estómago se encogió ante su vista. Enormes lágrimas de cocodrilo que resbalaban por sus mejillas en aquel momento. Sintió un pinchazo de algo parecido a la culpa, un sentimiento que Erik raras veces se concedía, y apartó la mirada de ella.

«No ha sido culpa tuya», se dijo mientras cerraba el ordenador. «Ella es un ratón, una llorona incapaz de soportar el estrés que su trabajo conllevaba.»

—Si llora está despedida. No quiero tener una llorona trabajando para mí —Penny giró la cara hacia el lado opuesto a él.

—No soy una llorona.

—Pues ha estado a punto de hacerme creer que sí —ella le lanzó una mirada fría.

—No soy una llorona. Pero usted, sin embargo, es sin la menor duda la persona más grosera, más pagada de sí misma y más minusválida lingüísticamente que yo haya conocido nunca.

—Nunca dije que no lo fuera —replicó tranquilo, pero luego frunció el ceño—. ¿Minusválido lingüístico? ¿Qué demonios se supone que significa eso?

—A eso me refiero exactamente.

—Pues usted es una llorona —murmuró y luego alzó una mano como para detener cualquier contraataque—. Ahora voy a dormir y le aconsejo que haga lo mismo. Tendremos mucho trabajo cuando lleguemos a California.

Penny se sentó derecha y se llevó las manos a los riñones, gimiendo suavemente. Después de más de seis horas sentada delante de un monitor le ardían los ojos y le dolían todos los músculos de su cuerpo.

Ciertamente Erik no había exagerado cuando la advirtió que tendrían mucho trabajo al llegar a California. Suspiró y fue hacia la nevera de la *suite* en busca de algo que beber.

—¿Quiere un refresco? ¿O algo de comer? No hemos almorzado —lo recordó.

Como él no respondía le miró. Estaba sentado en el sofá, donde llevaba todo el día, con las botas sobre la mesa y el portátil sobre sus

muslos. Su frente parecía un campo recién arado, las arrugas hablaban claramente de su concentración.

«Este hombre es una máquina», pensó ella indignada, una sospecha que había empezado a tener antes del viaje a California, pero ahora no le cabía ninguna duda.

Habían llegado a California un poco después de las diez de la noche y estaban a las once en el hotel, donde descubrió con consternación que él quería que compartieran una *suite*. No se había recuperado de la sorpresa cuando Erik la condujo al piso más alto del hotel.

Una vez allí ella perdió el habla al ver la espaciosa *suite* que estaba formada por una amplia zona de estar y dos dormitorios, cada uno con su propio baño, grande y lujoso. Erik no había compartido su fascinación por la vista de San Diego y se había ido a la cama tras murmurar un breve buenas noches.

Decepcionada, Penny se había ido también a su cuarto. A la mañana siguiente Erik apareció con un grueso montón de papeles. Sin una palabra de saludo le entregó las órdenes para introducir los datos en un ordenador que él había instalado para ella en el único escritorio de la *suite*. Desde entonces habían estado trabajando en silencio y sin una sola pausa.

Suspirando, eligió un zumo para su jefe, lo sirvió en un vaso y tomó algunas galletas y un poco de queso y algunas otras cosas y se lo colocó todo en la mesa, al lado de sus botas.

—Tenga. Coma —como él no respondía levantó la voz—. ¡Señor Thompson!

—¿Qué?

—Comida. Coma algo para que no se desmorone por falta de alimentos.

—No tengo hambre —gruñó él. Penny, preguntándose por qué la vida se obstinaba en relacionarla con hombres gruñones e incapaces de cuidarse de sí mismos, le quitó el ordenador de las rodillas—. ¡Eh! ¿Qué demonios está haciendo?

—Ocuparme de usted. Justamente como me dijo la señora Hilloughby que hiciera, aunque ya veo que es una tarea ingrata —dijo con resentimiento en la voz. Apartó el ordenador lejos de su alcance —. Ahora coma.

A regañadientes se llevó una fresa a la boca.

—¿Satisfecha?

—Solo cuando esté limpio el plato —dijo ella yendo hacia la nevera para prepararse algo. Erik la miró cuando ella se sentó en una silla frente al sofá colocando su plato remilgadamente sobre sus rodillas muy juntas.

—¿Qué hacía antes de trabajar para mí? No. Déjeme adivinar

¿enfermera del ejército? ¿Monja en un colegio sólo de chicas? ¿Guardiana de prisiones? ¿Sargento de la marina?

—Muy gracioso. Pero no, no fui ninguna de esas cosas. Después de graduarme trabajé en un banco de secretaria del presidente. Lo dejé hace unos tres años para trabajar para mi hermano.

—¿Haciendo qué? ¿Rompiendo rodillas para él? ¿Dando patadas a los cachorrillos? ¿Robando los bastones a las viejecitas? —aunque sus sugerencias eran lo bastante estrafalarias como para ser humorísticas, Penny se negó a sonreír.

—Mis deberes incluían el cuidado de la casa, cocinar para una familia de cinco y cuidar de mis sobrinas y mi sobrino.

—¿Por qué lo dejó?

—Mi hermano es viudo y dependía demasiado de mí, dejó todo el cuidado de sus hijos en mis manos. Si me hubiera quedado él habría seguido sin hacerles caso. Así que me fui.

—Seguro que su hermano se quedó muy agradecido de que lo dejase colgado —ella se puso rígida y recordó la llamada de Jase cuando regresó al rancho y descubrió que ella se había ido y había dejado a una niñera en su lugar.

—No lo dejé colgado. Contraté una mujer. Una persona muy capaz, debo añadir, que se ganó inmediatamente a los niños con su carácter alegre y su exuberancia juvenil.

—¿Carácter alegre y su exuberancia juvenil? ¿A quién contrató, a Mary Poppins?

Molesta por su observación no contestó y mordisqueó un trozo de queso. Él sacudió la cabeza y se metió en la boca la última fresa.

—Debería haberse quedado con su hermano —dijo dejando a un lado el plato y tomando otra vez el portátil—. Ningún niño se merece que le arrojen a un desconocido… ni siquiera si la alternativa es un espantajo de tía vieja que no reconocería la diversión ni aunque le mordiera en el trasero.

«¿Un espantajo de tía vieja?» Penny se quedó muda. La descripción que hacía de ella golpeaba una autoestima que ya estaba muy deteriorada.

Se levantó con lágrimas en los ojos y fue hacia el bar, pestañeando furiosamente para quitárselas. No quería que volviera a llamarla llorona. Tiró los restos de comida en la papelera, lavó su plato y luego tomó el bolso y se dirigió a la puerta.

—¡Eh! ¿Dónde va?

—A dar un paseo.

—Pero tenemos ese engorro de fiesta a las siete.

—Estaré de vuelta antes de eso —prometió y luego cerró la puerta para que él no viera cuánto le había dolido aquella descripción carente de tacto, aunque muy exacta.

Penny caminó cabizbaja. Quería despreciar a Erik por las cosas tan crueles que le había dicho, pero se dio cuenta de que no podía. Y no podía porque él tenía razón. Ella era un espantajo y además se temía que no era nada divertida.

Pero ¿cómo podía ser divertida si nunca se le había permitido serlo? Tras la muerte de sus padres Jase había asumido su custodia y si Erik pensaba que Penny no sabía que era divertirse debería conocer a su hermano Jase. Se sintió culpable por pensar esas cosas de su hermano que tanto se había sacrificado por ella. La vida no había sido precisamente amable con ninguno de los dos, reflexionó con tristeza. La muerte de sus padres había obligado a Jase a dejar sus estudios universitarios y volver a casa para hacerse cargo del rancho familiar. Y la vida del rancho no dejaba mucho tiempo para la diversión.

Y cuando las amigas de ella se habían ido a la universidad para extender un poco las alas, Penny se había quedado en casa, yendo todos los días desde el rancho a la Universidad de Texas para asistir a clases. Y como Jase en aquella época tenía ya la responsabilidad de una familia propia, Penny se había sentido obligada a pagar una parte de su educación, mecanografiando trabajos para otros estudiantes y dando clases particulares. Entre el largo trayecto diario a la universidad, las clases, las tardes pasadas con la cabeza enterrada en los libros y el empleo de sus escasas horas libres en las clases particulares o mecanografiando trabajos no le quedó mucho tiempo para hacer amigos o llevar una vida social.

No. Penny Rawley no reconocería la diversión ni aunque esta la mordiera en el trasero, como había dicho Erik.

Temiendo echarse a llorar decidió no pensar más en la conversación y distraerse mirando escaparates. Había unos vestidos muy ajustados que apenas parecían cubrir el cuerpo de las maniquíes, sin tirantes, sin nada. Y delante de ellos el reflejo de Penny en el cristal.

Se concentró en su imagen. En aquel moño tan sensato. En la blusa con su lazo atado al cuello. En la chaqueta que colgaba ampliamente, ocultando una figura que Penny ni siquiera sabía si existía o no. En la falda que llegaba castamente a la rodilla. No veía nada más, pero tampoco lo necesitaba para darse cuenta de que la palabra espantajo le iba como anillo al dedo.

Se dio la vuelta huyendo de la idea, pero de pronto se detuvo. No tenía por qué ser un espantajo. Podía cambiar. No había ninguna razón para que ella no pudiera vestir de otra forma. Ella nunca se había preocupado de la moda, no le había hecho falta, pero para eso estaban las dependientas. Era su trabajo y sabían lo que se llevaba y lo que no.

Se acordó de la fiesta de etiqueta a la que tenía que asistir y del vestido de flores. Miró su reloj. Tenía dos horas para convertirse en otra mujer.

«Oh Dios» rezó en silencio. «Por favor, que sea suficiente para hacer un milagro».

Capítulo 3

Penny sabía que llegaba tarde y que Erik probablemente estaría furioso con ella. Pero no le importaba. Estaba demasiado contenta para preocuparse por nada que no fuera su nuevo aspecto. Entró rápidamente en la *suite* llamándolo.

—¿Señor Thompson? Ya he vuelto.

Al no recibir respuesta se fue derecha a su dormitorio. Había una nota sujeta a la puerta con cinta adhesiva: *¿Dónde demonios está? Salón principal de baile. Ahora.* Ni siquiera se había molestado en firmarla.

Negándose a que la nota le aguase su estado de ánimo tiró el papel y se puso a rebuscar gozosa entre sus compras. Levantó el vestido que había comprado… y su sonrisa se desvaneció.

«No puedo hacer esto» se dijo presa del pánico «No hay forma humana de que yo pueda lucir en público un vestido que tiene menos tela que un pañuelo de hombre».

«Claro que puedes» dijo una voz que se parecía sospechosamente a la de su amiga Suzy. «Y vas a hacer que a Erik se le salten los ojos de las órbitas».

Penny entró en el cuarto de baño repitiéndose una frase del cuento «La locomotora que pudo hacerlo» que tanto le gustaba a su sobrina: «Creo que puedo, creo que puedo, creo que puedo».

Erik acabó su copa de champán y la depositó en la bandeja que pasaba el camarero. Miró hacia la puerta de entrada por millonésima vez y maldijo en voz baja al no ver rastro de su secretaria. Con el ceño fruncido se dirigió a la mesa del bufé.

—¡Hola, Erik!

Dándose la vuelta con un plato en la mano vio a su viejo amigo Buzz Kennedy. Aliviado al encontrar una cara conocida en un mar de extraños tomó otra gamba a la gabardina.

—¿Qué tal te va, Buzz?

—No me puedo quejar ¿Y tú? —dijo dándole una palmada en el hombro con una mano que era como la de un oso. El golpe hizo que se le atragantase la gamba que acababa de meterse en la boca. Tosió, y consiguió tragar.

—Bien hasta que tú llegaste.

—Siempre fuiste más bien blandengue —dijo Buzz riendo a carcajadas.

—Y tú siempre fuiste un chulo grandullón.

—Venga, Erik. Seguro que ya me has perdonado por haberte metido desnudo en el cuarto de armarios de las chicas cuando estábamos en el instituto.

—Oh, claro que te he perdonado completamente —dijo Erik son

sequedad—. Lo único es que no lo he olvidado. Ni lo olvidaré —riendo, Buzz pasó un brazo amistoso por los hombros de Erik y volvió a echar una ojeada a la sala.

—¿Habías visto antes tantas chavalas guapas bajo el mismo techo? —Erik tomó un champiñón y se lo llevó a la boca sin molestarse en mirar.

—Sí. Un montón de veces.

—¡Oh! —dijo Buzz llevándose la mano al corazón—. No me digas que el gran Erik Thompson ha perdido el apetito por las bellas mujeres.

—Cuando pruebas una las has probado todas.

—Entonces es que no has estado catando en los mismos bufé que yo —le clavó un codo en las costillas y se rió a carcajadas al ver que su codazo hacía vacilar a Erik.

—¿Por qué no vas a pegar a otro un rato?

—¿Y dejarte solo? ¿Pillaste a esa peste de pirata informático que te ha estado amargando? —irritado por el recuerdo, Erik tomó una copa de champán de una bandeja.

—No.

—Se llama Boy Wonder ¿no?

—Le iría mejor Boy Gamberro. El tío se está convirtiendo en un auténtico grano en el trasero, entrando y saliendo de los sistemas, y metiendo las narices donde no le importa.

—Me recuerda a un chico que conocí.

—Ya, pero yo era un crío. No sabía lo que hacía —a pesar de los años que habían pasado desde sus delitos, Erik sintió calor en las mejillas.

—Puede que Boy Wonder sea también solo un crío. O eso sugiere su nombre.

—Ningún crío puede ser tan bueno.

—Tú sabrás —contestó Buzz y volvió a mirar hacia la sala—. Eras el mejor. ¡Oye! ¡Mira eso! El no va más de las chavalas a tu derecha —Erik puso los ojos en blanco, sorprendido de que un hombre de la edad de Buzz volviera a convertirse en un adolescente cuando estaba ante una mujer guapa.

—¿Siempre tienes las hormonas en alerta roja? —Buzz sonrió y se dirigió a la pelirroja que había divisado.

—No querría que estuvieran de ninguna otra manera.

A pesar de sí mismo, Erik se encontró riéndose al ver a Buzz dirigirse hacia su presa. Se compadeció de la pobre mujer a la que su amigo había echado el ojo. Ella aún no lo sabía, pero no tenía la menor posibilidad de resistirse a los encantos de Buzz. Tenía más vueltas que una ruleta y se conocía todos los trucos. Erik lo sabía porque le había visto en acción infinidad de veces.

Sacudiendo la cabeza empezó a volverse hacia la mesa cuando de pronto se quedó tenso. No, se dijo a sí mismo al ver a la mujer que sonreía tímidamente a Buzz. No podía ser. Dio un paso hacia la pareja, pero se detuvo. Tenía que estar confundido.

No, se volvió a decir. El pelo estaba bien, pero todo lo demás estaba mal. Ratón llevaba el pelo recogido en un moño apretado de solterona, no suelto a la altura de los hombros y alocado como si hubiera estado en la cama con un amante muy fogoso. Y no había forma de creer que el cuerpo de aquella mujer pudiera ser el de su secretaria. No es que tuviera la menor idea de cómo podía ser el tipo de su secretaria, teniendo en cuenta que solo la había visto con aquellos estúpidos trajes asexuados que tanto usaban las mujeres ejecutivas.

A pesar de sus dudas dio otro paso hacia la pareja. Y luego otro y otro más hasta que se puso detrás de Buzz. Dio una palmada a su amigo en el hombro.

—Hola, Buzz —dijo poniendo una sonrisa matadora que sabía por experiencia que pocas mujeres podían resistir—. ¿No me vas a presentar a tu amiga?

—¿Y arriesgarme a que se vaya con un pico de oro como tú? Tío, no soy tan…

Erik no oyó nada más. En aquel momento la mujer se volvió para mirarlo. «Maldición» se dijo a sí mismo al reconocer sus ojos verdes. La miró de arriba abajo y casi se atragantó al llegar a los suaves montículos que el escote dejaba ver.

—¿Penny? ¿Eres tú?

Aunque ella mantuvo la sonrisa él pudo observar la inseguridad en sus ojos y reconocer sus nervios por el temblor de los dedos que ella se pasó por los muslos. Muslos que apenas cubría el vestido.

—Sí —dijo ella mordiéndose el labio inferior—. Siento haber llegado tarde. Me… entretuve. No está molesto conmigo ¿verdad?

—¿Molesto? —repitió, aunque era una palabra demasiado suave para definir su anterior estado de ánimo—. No. Solo estaba preocupado por que se hubiera perdido o le hubiera pasado algo.

—Siento mucho haberle preocupado —dijo ella con el tono contrito que cabría esperar de la Penny que él conocía, pero no estaba seguro de quién era esta nueva Penny… ni siquiera de si le gustaba el cambio.

—¿Qué se ha hecho en el pelo?

—Me lo corté esta tarde ¿le gusta?

—Está bien… creo.

Su decepción fue instantánea y completamente evidente, incluso para una persona tan poseída de sí misma como Erik. Buzz se puso entre los dos.

—Yo creo que tu nuevo peinado es perfecto. ¿Qué pasa con el baile que me habías prometido?

Penny miró a Buzz, dudando. Luego miró a Erik, apartó la mirada y tomó a Buzz del brazo.

—Encantada.

Erik se quedó donde lo habían dejado, contemplando cómo el hombre que una vez había considerado uno de sus amigos más antiguos e íntimos se llevaba a su secretaria a la pista de baile. Cuando Buzz la tomó en sus brazos para bailar Erik se dirigió al bar musitando maldiciones acerca de los donjuanes y de los corderos inocentes conducidos al matadero.

Estaba ya bien pasada la medianoche cuando Erik abrió la puerta de la *suite* e hizo a Penny un gesto impaciente para que entrase antes que él.

Con las mejillas encendidas por la emoción ella pasó ante él con aquellos tacones tan altos y dejando una estela de perfume que hizo que Erik levantase la nariz para olisquear el aire a pesar de la indignación que sentía hacia su secretaria.

—¿Verdad que ha sido una fiesta maravillosa? —dijo ella girando sobre sí misma.

Indignado por su exuberancia, así como por su comportamiento en las dos últimas horas, Erik se quitó la chaqueta del esmoquin y la tiró hacia el sofá. Aterrizó en el suelo.

—Estuvo bien —murmuró.

—¿Bien? No recuerdo haberlo pasado tan bien nunca. La orquesta era divina y su amigo, Buzz, un excelente bailarín. Nunca antes había bailado de esa forma, pero él tuvo tanta paciencia conmigo, fue tan amable en enseñarme —Erik la miró cortante y luego vació el contenido de sus bolsillos en el bar, molesto por el buen humor de ella pero sin saber por qué.

—Estamos aquí para trabajar. Es mejor que lo recuerde.

—No lo he olvidado —se agachó rápidamente para recoger su chaqueta. Momento que aprovechó Erik para mirarla de nuevo.

Apartó la vista del tentador espectáculo y se agachó a sacar algo del bar. Necesitaba urgentemente beber algo. Eligió una pequeña botella de whisky, la vació en un vaso, empezó a añadir agua y luego decidió que no y se bebió el licor de un trago. Después miró a Penny que le contemplaba con horror.

—¿Qué? —dijo con impaciencia.

—No está intentando emborracharse ¿verdad? —él frunció el ceño y tomó otra botella.

—Podría ser ¿qué más le da si lo hago?

—Nada —avanzó hacia él con la chaqueta apretada contra su

pecho—. Es solo que… bueno, usted dijo que teníamos mucho trabajo.

Él vació el contenido de la botella en el vaso.

—No se preocupe por mí. Sé cuidar de mí mismo, mientras que usted… va a necesitar de una vigilancia estricta.

—¿Yo? ¿Se puede saber por qué? —él se bebió la mitad del vaso de un trago.

—Usted es como el ratón de campo que fue a la gran ciudad. Toda ojos inocentes para defenderse del gran lobo feroz.

—Yo creo que mezcla los cuentos. No había ningún lobo en el cuento del ratón del campo.

—Da igual quién estaba en cada cuento —comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación—. La moraleja es la misma. Que no te enteras de por dónde vienen.

—¿Que no me entero de por donde vienen? —repitió, claramente desconcertada—. Creo que no sé lo que quiere decir.

—¡Buzz, ratón ciego de campo! Es un don Juan. Se zampa mujeres como usted todos los días de la semana y luego las deja cuando se ha cansado de ellas.

—Se comportó como un perfecto caballero y no hizo nada en absoluto que me hiciera dudar de la rectitud de sus intenciones.

—¡Já! —dijo él en tono triunfante—. Eso demuestra precisamente lo inocente que es. Vi cómo te sujetaba cuando estaban bailando. Cómo bajaba las manos hasta su trasero. ¡Y usted! Estabas enroscada a él como una hiedra a un tronco de árbol —ella se quedó con la boca abierta y luego la cerró enfadada.

—¡Desde luego que no!

—Claro que sí. Y si no la hubiera despegado de él y la hubiera traído a rastras a nuestra *suite* ahora estaría con él en la cama —ella palideció y luego se puso roja de ira.

—¡Puede estar seguro de que no! No me he estado conservando todos estos años para tirar mi virginidad al primer hombre que me demuestra un poco de atención.

Se tapó la boca con la mano y se quedó pálida. Luego, con un gemido ahogado, le tiró la chaqueta y corrió hacia su cuarto. Erik atrapó la chaqueta antes de que le diera en la cara e hizo una mueca al oír el furioso portazo.

«¿Virgen? ¿Acababa de confesar el ratón que era virgen?». Volvió hacia el bar. El whisky que había bebido reducía su capacidad de comprender el significado completo de esa confesión. Después de abrir otra botella se la bebió directamente, sin molestarse siquiera en echar la bebida en el vaso. Apoyó las manos en el bar y se quedó mirando fijamente la puerta de su secretaria. ¿Virgen? Se volvió a preguntar y luego se rió. Demonios, no creía que pudiera quedar una sola en el

mundo.

Erik estaba tumbado en la cama mirando al techo. Virgen, volvió a pensar incapaz de quitarse de la cabeza la revelación de Penny. Intentó recordar los detalles del curriculum que le había enviado la señora Hilloughby a Japón. Si no recordaba mal ella estaba ya cerca de los treinta.

Sacudió la cabeza, incapaz de creer que una mujer pudiera llegar a esa edad con la virginidad intacta.

¿Cómo? Se preguntaba intentando ser analítico. Y ¿por qué? No era fea… o por lo menos no lo era cuando iba toda arreglada. Seguro que había habido por lo menos un hombre en su pasado con quien había tenido una relación física.

Seguro que no. No podía ser virgen con un cuerpo como aquel.

Acudió a su mente la imagen de ella en el salón de baile con aquel simulacro de vestido, de sus pechos asomando por el escote y de la forma en que la tela se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, acentuando una cintura delgada y unas caderas redondas y sensuales. El brillo de su pelo color zanahoria sobre sus hombros suaves y los labios húmedos y carnosos que parecían invitar a los besos.

Gimió y se puso de pie, pensando que no iba a conciliar el sueño. No podía dormir sabiendo que en la habitación de enfrente dormía una virgen. Vaciló un poco hasta que la habitación dejó de dar vueltas.

—Un trago —se dijo y fue tambaleándose a la puerta del dormitorio—. Otro trago más y me podré dormir.

Llegó a la sala y se apoyó con una mano en la pared para recuperar el equilibrio antes de dirigirse al bar. Abrió otra botella de whisky y se la llevó a los labios, se quedó quieto, escuchando. Bajó la botella y miró hacia la puerta cerrada de Penny, seguro de que el sonido amortiguado había venido de allí. ¿Estaba llorando? Se preguntó con el estómago encogido de temor.

Dejó a un lado la botella y fue hacia la puerta. Se golpeó en un dedo del pie con el sofá y soltó un juramento. Luego recorrió cojeando el resto de la habitación. Apoyó un hombro en la puerta del dormitorio de ella, puso su oído sobre la madera y escuchó. No oía nada… pero al cabo de un momento oyó claramente un lloro.

Con el corazón encogido abrió la puerta sin molestarse en llamar. La habitación estaba completamente a oscuras excepto por una pequeña ranura de luz que salía por debajo de la puerta del baño. Preguntándose si se habría resbalado en la bañera se dirigió de puntillas hacia la puerta cerrada.

Puso el oído contra la puerta y oyó su llanto suave. Acercó la mano al picaporte solo para ver si estaba cerrado, pero la puerta se abrió. Él

sopesó sus opciones, sabiendo perfectamente que lo que tenía que hacer era darse la vuelta e irse a su habitación.

Una virgen, volvió a pensar, y puso la palma contra la puerta, empujando.

Ella estaba en la bañera con la cabeza apoyada en el borde y con espuma hasta la barbilla. Tenía los brazos encima del agua y se tapaba la cara con las manos, en un intento de amortiguar sus sollozos, estaba seguro.

Sin saber muy bien si era por lástima por su llanto o por la certeza de que estaba desnuda debajo de las burbujas, Erik se acercó más a la bañera.

—¿Penny?

Al sonido de su voz ella apartó las manos de su cara y volvió la cabeza con los ojos llenos de lágrimas. Él se acercó un poco más y ella se sumergió en la bañera poniéndose las manos sobre el pecho, pero aquello solo sirvió para retirar la espuma y hacer que se vieran más.

—¿Qué haces aquí? —gritó.

—Te oí llorar —dijo Erik con la boca seca como el algodón. Ella enrojeció y miró hacia otro lado.

—No estaba llorando. Estaba… cantando.

«¿Cantando?» él ahogó la risa.

—Espero que no tengas planes de hacer carrera en la canción —dijo él mientras se sentaba en el borde de la bañera. Ella se apartó de él.

—No… no los tengo.

Él contuvo una sonrisa ante el temblor de la voz de ella. Aja, ella era un ratón de la cabeza a los pies. Podía parecer una persona distinta cuando iba toda arreglada, pero desnuda era básicamente un ratón. Se inclinó sobre la bañera.

—Muy bien. Porque me fastidiaría mucho perder otra secretaria —ella se echó hacia atrás mirándolo fijamente.

—Estás borracho.

—No lo bastante como para hacer lo que temes que he venido a hacer —ella abrió mucho los ojos sorprendida de que él pudiera leer tan fácilmente sus pensamientos.

—Entonces vete —dijo ella intentando vanamente abrir un agujero con su hombro en el lado opuesto de la bañera. Él alzó las manos en un gesto de impotencia.

—No puedo.

—¿No puedes? —repitió incrédula.

—No.

—¿Puedo preguntar por qué no puedes? —dijo ella recuperando un poco del mal genio que él había tenido el placer de contemplar solo un puñado de veces en los últimos dos días.

—No me puedo dormir —dijo él como si eso lo explicara todo.

—Bueno, está claro que no podrás hacerlo mientras sigas sentado en el borde de mi bañera —sacó una mano y le dio un empujón malhumorado en el brazo—. Vete —ordenó y se incorporó lo bastante como para tomar una toalla. Se puso en pie rápidamente envolviéndose en la toalla, que apenas la cubría la parte superior del cuerpo. Al ver que él seguía sentado en la bañera alzó una mano indicando la puerta—. Vete —repitió con más firmeza. Con un suspiro él se puso en pie.

—Vale. Si insistes —probablemente se habría ido entonces si no se hubiera dado cuenta de que la mirada de ella estaba fija en sus calzoncillos negros. Vio cómo cerraba los ojos y respiraba hondo… y se acercó más a la bañera—. ¿Penny?

—¿Qué? —ella sujetó fuertemente los extremos de la toalla.

—¿Me das un beso de buenas noches? —alzó una mano abriendo un pequeño espacio entre el pulgar y el índice—. Uno pequeñito —la vio tragar saliva y mirarle la boca y tuvo que contenerse para no sonreír de oreja a oreja—. ¿Por favor?

—Si lo hago ¿me prometes que te marcharás? —estaba sonrojada. El se hizo una cruz sobre el corazón.

—Palabra de scout —ella lo miró dubitativa.

—¿Fuiste scout?

—Por lo menos tres meses.

—Está bien. Un beso. Pero eso es todo. Luego te largas.

—Trato hecho —aceptó él antes de que tuviera tiempo de cambiar de opinión y le echase con cajas destempladas. Se acercó a ella y la sujetó por los codos. Él sintió cómo se le aceleraba el pulso a ella con aquel leve contacto y tuvo que esforzarse para no reír cuando ella cerró los ojos e inclinó el cuello, haciendo un mohín con los labios.

Una virgen, se dijo a sí mismo, y ahogó un gemido. Sabiendo que lo mejor era acabar con aquello rápidamente porque si no ella cambiaría de idea, se inclinó para tocar su boca con sus labios.

—Relájate —murmuró mientras rozaba su boca contra los labios apretados de ella.

—Vale. Ya me has dado el beso. Ahora vete.

—¿Tú llamas un beso a esto?

—Bueno, sí —dijo ella insegura. El echó atrás la cabeza y se rió.

—Eso no era un beso. Era un encuentro accidental de bocas.

—Oye —avisó ella—. Lo prometiste.

—Ya me voy. En cuanto consiga mi beso.

—Vale. Pero es tu última oportunidad.

—No hay problema —la tomó por los codos acercándola más a él. Vio cómo cerraba los ojos, pero antes de que pudiera volver a fruncir los labios puso su boca contra la de ella, tomándola por sorpresa.

Sonrió contra sus labios suavizando el beso mientras ella lo miraba consternada. Era mona. Pensó de pronto apretando más sus codos. Más que mona, era absolutamente sexy.

Y sabía bien. Él gimió y pasó lentamente la lengua por sus labios, solicitando la admisión. «Eso es» pensó cuando los labios de ella se abrieron con un suspiro tembloroso. «Así».

Hizo más profundo su beso y luego deslizó la lengua en la boca de ella.

Sintió cómo ella se ponía rígida por la inesperada invasión… y luego cómo se relajaba su cuerpo mientras su lengua acariciaba la de ella en una danza sensual. Los dedos que ella tenía firmemente apretados contra sus pechos se abrieron y la toalla cayó suavemente sobre las burbujas. Con un gemido ahogado ella alzó sus brazos y los enlazó en su cuello.

La presión que sentía en la ingle se hizo más intensa al notar los pezones de ella contra su pecho, gimió y la acercó más a él y volvió a gemir cuando ella empezó a mover también su lengua adaptándose a su ritmo.

¿Virgen? Se preguntó al ver que ella mecía su cuerpo contra el de él. Puede que hubiera mentido y tuviera más experiencia de lo que quería admitir. Puede que fuera una especie de juego, un juego de seducción con el que aún no se había encontrado, aunque estaba seguro de que había sido víctima de todos los tipos de seducción femenina conocidos por el hombre.

Convencido por su apasionada respuesta a su beso, por el movimiento sensual de su cuerpo contra el de él y por la forma de apretar los dedos contra su cuello de que estaba tratando con una mujer que ya había estado en el dormitorio de un hombre, dejó resbalar las manos por su espalda, la tomó por las nalgas y atrajo fuertemente sus caderas contra las suyas.

Supo instantáneamente que había cometido un error. Tan pronto como ella tomó contacto con su erección se puso rígida y sus ojos bizquearon un poco con una expresión que se parecía al terror. Lentamente aflojó la presión sobre sus nalgas y apartó sus caderas de las de ella. Más lentamente aún rompió la conexión de sus bocas y dio un paso atrás para mirarla a los ojos. Ella tragó saliva, tenía los ojos muy abiertos.

—Creo… que es mejor que te vayas.

Él dio otro paso atrás y cometió un segundo error al mirarla a los pechos, ahora desnudos y un poco enrojecidos por el contacto con el cuerpo de él. Sus pezones estaban erectos y parecían suplicar que los tocara y los besara.

Aunque cuando entró en la habitación estaba muy borracho, se dio cuenta de pronto de que estaba completamente sobrio. Temió hacer

algo realmente estúpido si no se iba, algo que iba a lamentar con toda seguridad a la mañana siguiente, y se dirigió a la puerta.

—Sí, creo que será mejor.

Capítulo 4

Sin embargo, una vez que Erik hubo llegado a su habitación, empezó a pensar si había hecho bien en irse.

Maldita sea, pensó, ella era algo rara. ¿Para qué escondería una mujer esas curvas debajo de un traje sastre? Menudo desperdicio.

¡Y su respuesta hacia él! El había estado con muchas mujeres, pero no recordaba ninguna que hubiera podido subirle la presión arterial simplemente por rozarle con su lengua. Se sentía incómodo con su erección y alzó la cabeza para mirar hacia la puerta. A lo mejor si…

Volvió a tumbarse. No había manera. Si él volvía al cuarto de ella lo más probable sería que gritase y lo acusara de acoso sexual. No era como si ella lo hubiera invitado a entrar en su cuarto de baño. Él se había colado allí y luego se había negado a irse cuando ella se lo pidió.

Sonrió al recordarla de pie en el baño rodeada de burbujas y se preguntó qué diría su viejo amigo Buzz si supiera que él había podido contemplar sus encantos femeninos.

Molesto ante el recuerdo de su amigo recordó cómo había insistido Penny en lo caballero que era Buzz, y lo buen bailarín que era. Bueno, Erik Thompson era mucho más caballero de lo que Buzz Kennedy podría ser en su vida. Lo que pasaba es que no había tenido oportunidad de demostrárselo a Penny.

No había ningún hombre que fuera capaz de cortejar a una mujer con más galantería que Erik Thompson. Ni tampoco había ninguno más capaz de complacerla una vez que había conseguido llevársela a la cama.

Y él iba a llevarse a Penny a la cama, se prometió a sí mismo. E iba a ser idea de ella, no de él. O por lo menos ella iba a creer que era idea de ella. Lo único que tenía que hacer era mostrar su lado bueno, demostrarle hasta qué punto él podía llegar a ser un caballero y derramar un poco de su encanto.

Y eso es lo que iba a hacer. Empezando al día siguiente.

La mañana siguiente Penny pospuso todo lo que pudo el momento de salir de su habitación, temía encontrarse con su jefe después de las humillaciones que había sufrido la noche anterior.

«Virgen» ¿Por qué había confesado tan tontamente su inocencia a un hombre con tanto mundo como Erik Thompson? y ¿por qué había insistido tanto en que se fuera cuando durante años deseó que fuera él quien la liberase de ese estigma?

No podía pasarse el día escondida en la habitación. Antes de salir se miró en el espejo. Llevaba un vestido amarillo que había comprado el día anterior, largo hasta la pantorrilla. No era tan llamativo como el

de la fiesta, pero tenía estilo. Quizá los pendientes eran un poco llamativos ¿no? aunque él estaría acostumbrado a ver mujeres con pendientes mucho más espectaculares que aquellos. Lo que pasaba era que estaba nerviosa. Lo mejor era hacer como si no hubiera pasado nada, borrar el incidente de la memoria. Seguro que un hombre con la reputación de Erik no había vuelto a pensar en una mujer tan poco atractiva como ella.

Con este pensamiento que reforzaba su confianza decidió ir a la sala. Erik estaba ante la terraza y se volvió al oírla entrar.

—Buenos días —todos los esfuerzos que había hecho para creer que él no recordaría el episodio demostraron haber sido vanos al observar la sonrisa de él. Se sintió débil y vulnerable.

—Buenos días, señor Thompson.

—Erik, por favor.

—Muy bien… Erik —él pareció satisfecho y alargó un brazo señalándole la terraza.

—Encargué desayuno para los dos ¿no te importa? —ella entró en la terraza y se sorprendió ante la mesa en la que había un fino florero con una única rosa amarilla.

—No, no me importa.

—Estupendo, entonces ¿qué te parece que comamos antes de que se quede frío?

Ella vaciló unos instantes, sin saber si podía fiarse de él. El cambio espectacular en su conducta hacía que cualquiera se hubiera cuestionado sus motivos. Su encanto contrastaba con su habitual indiferencia ceñuda y su actitud dominante hacia ella. Y la sonrisa sensual con que la obsequiaba…. bien, eso la hacía comprender por qué caían las mujeres a sus pies y por qué la *People Weekly* le había puesto entre los diez solteros más atractivos del mundo.

Por fin se decidió a salir a la terraza, sorprendiéndose al ver que él sacaba la silla y se la ofrecía. Después se sentó frente a ella, levantó la tapa de una de las bandejas y aspiró su aroma.

—Huevos Benedict ¿Te gustan?

—Sí.

—Tenía la esperanza de que fuera así —la sirvió primero a ella—. Deliciosos. Come. Ya he organizado todo el plan del día para nosotros.

—¿Tenemos reuniones? —él sonrió y le ofreció una copa de mezcla de zumo de naranja y champán.

—No… por lo menos no de negocios.

—¿Entonces de qué? —él sonrió y alzó su copa en un brindis silencioso.

—Pronto lo verás.

Penny no recordaba cuándo fue la última vez que había visitado un zoo, pero seguro que había sido mucho antes de que murieran sus padres. Pero nunca había montado en un coche deportivo conducido por un hombre guapo como para quitar el aliento. Ni había sentido la humedad del aire del mar mientras navegaba por una bahía, de la mano de un multimillonario sexy. Y nunca había cenado en una playa con un fuego de campamento y un hombre a su lado mientras el agua se alejaba cada vez más de sus pies. Pero sobre todo nunca había experimentado con un hombre cómo se iba creando una intimidad entre ellos como sucedió en el día que pasó con Erik. Estaba pensando en estas cosas cuando Erik entrelazó su mano con la de ella y la miró.

—¿En qué piensas?

Era incapaz de pensar en nada excepto en la sensación que le producía tener sus dedos entrelazados con los de ella. Se sintió tentada de evitar la respuesta diciendo un «nada» para no demostrarle que era un ratón de campo, como le había dicho él… pero se dio cuenta de que solo le podía decir la verdad.

—Pensaba en todas las cosas que he experimentado hoy por primera vez.

Él se llevó la mano de ella a la boca y la besó en los nudillos. Ella sintió un escalofrío por toda la espalda.

—Hay unas cuantas cosas más que quisiera que experimentaras por primera vez —ella abrió mucho los ojos preguntándose si la pérdida de su virginidad sería una de ellas, pero él se puso en pie y tiró de ella para que se levantase—. ¿Has caminado alguna vez descalza por la playa de noche?

—No.

Él la condujo a la orilla del agua. Al sentir el agua fría en los pies descalzos ella dio un pequeño respingo, él se rió y se agachó. Ella sintió sus dedos en sus tobillos y luego en sus pantorrillas.

—¿Qué haces? —él estaba desabrochando los últimos botones de su vestido.

—Recogerte el bajo del vestido ¿no querrás que se moje?

Después de subirse él también los pantalones la tomó de la mano y la arrastró hacia él, tomándola por la cintura mientras caminaban por la playa. Iban en silencio y sus caderas se rozaban de vez en cuando. Penny no podía recordar ningún acontecimiento de su vida que se pudiera comparar al placer de pasear a su lado bajo la luna.

—¿Lo has pasado bien hoy?

—Oh, sí. Mucho —él se detuvo y la rodeó con sus brazos.

—Estupendo, esperaba que fuera así.

Se le aceleró el pulso al ver la calidez que había en sus ojos. Supo que iba a besarla, podía sentir su intención en su mirada y en cómo estrechaba su abrazo. Lo miró a los labios y humedeció los suyos,

impaciente por volver a sentir su boca contra la de ella.

Aunque el beso de la noche anterior no había tenido ninguno de los detalles románticos de la playa a la luz de la luna, ella recordaba cada detalle como si lo hubieran grabado a fuego en su alma.

Se puso de puntillas y rozó sus labios con los de él. Eran suaves y carnosos. Esta vez no sabían a whisky, pero su sabor se le subió igualmente a la cabeza. Deseando más de él, rodeó su cuello con los brazos y atrajo su cara hacia la de ella. Introdujo su lengua entre los labios de él, con extraña confianza, y la pasó por sus dientes. Oyó el gemido de él y se estremeció, apartándose de él y apoyando su frente en la barbilla de él.

—Puf —dijo ella y alzó la cabeza para mirarlo. Él bajó las manos y la asió por las nalgas.

—Sí —dijo con voz ronca—. Puf.

Atrajo sus caderas hacia él, pero mirándola a los ojos para controlar su reacción. Recordando el susto de la noche anterior al descubrir su erección ella también esperó, temiendo sentir el mismo miedo. Pero cuando sus cuerpos se juntaron no hubo ningún miedo, solo la necesidad acuciante de sentirle mejor, de sentirle dentro de ella. .

Él debió notar el cambio en su respuesta porque desapareció la tensión en su rostro y sus ojos se oscurecieron. Bajó su cabeza y abrió su boca sobre la de ella, poseyéndola de forma instantánea y completa. Y, cuando ella estaba segura de que se moriría si él no la tomaba, aflojó sus manos y las puso sobre la espalda de ella, apretándola contra su pecho.

Él se puso de rodillas sobre la arena, y luego se tumbó poniéndola encima a ella, sin dejar de besarla. Y cuando él tomó su cara con las manos y la apartó ella no intentó disimular el gemido de frustración.

—Te deseo —ella abrió los ojos lentamente y observó en su mirada que era cierto—. Te deseo, pero no aquí.

Ella supo que él tenía razón. La playa era demasiado pública, pero eso no disminuyó su decepción ni la necesidad que sentía en su interior.

Tomándola por la cintura la apartó y luego se puso en pie, tirando de ella para que se levantara. La tomó por la cintura y la dio un último beso hambriento antes de volver a ponerla a su lado para volver caminando a su manta y a la hoguera que se había consumido en su ausencia.

Hicieron el trayecto de regreso al hotel en silencio, conscientes de la proximidad del otro, de lo que les esperaba cuando llegasen.

Cayeron uno en brazos del otro en cuanto llegaron a la *suite*. Ávidos y desesperados. Las prendas de vestir fueron cayendo al suelo en su empeño de liberarse de las barreras que los separaban. Pero

cuando los dos estuvieron desnudos se quedaron inmóviles, mirándose y jadeando.

Erik fue el primero en moverse y en romper el silencio.

—Preciosa —murmuró, y agachó la cabeza para acariciar con su lengua el pezón que sujetaba entre sus dedos.

Penny tragó aire al sentir la boca de él. Sentía arder todo su cuerpo de deseo, pero antes de que ella llegase a manifestar su necesidad de él, a suplicarle que le hiciera el amor, él volvió a besarla en la boca.

—En mi cuarto —dijo él sin aliento, besándola en la cara y el cuello. Sin aguardar su respuesta, la tomó en brazos y se dirigió hacia allí. Entonces le detuvo el pitido de una alarma electrónica que venía de su ordenador portátil. Con un gruñido furioso depositó a Penny en el sofá y corrió hacia el ordenador—. Vamos —gruñó tecleando nerviosamente. Penny se sentó mirándolo atónita ¿había sido capaz de dejarla a un lado como un niño aburrido de su juguete? ¿Podía de verdad creer que había algo más importante que lo que estaba sucediendo entre ellos, lo que estaba a punto de suceder cuando sonó la alarma?

Se puso en pie con las piernas temblorosas ¿cómo había podido? Se preguntaba mientras los ojos se le llenaban de lágrimas ardientes. ¿Tan poco valoraba lo que ella iba a ofrecerle que prefería un estúpido ordenador a ella?

Al darse cuenta de que la respuesta a esa pregunta estaba delante de ella, sin ropa y tecleando como un maníaco ahogó un sollozo y fue corriendo a su habitación, cerrando de un portazo y poniendo el pestillo.

Mientras Penny salía de la habitación Erik estaba fijo en la pantalla siguiendo el rastro de Boy Wonder a través del sistema de seguridad en el que el había entrado el pirata. «¿Qué haces, chico?» musitó «¿Qué es lo que quieres?»

A miles de millas del pirata Erik lo único que podía hacer es observar cómo el usurpador se introducía por la puerta de atrás de su propia empresa y avanzaba entre ficheros protegidos. Dio un puñetazo en el bar y volviendo al teclado fue cerrando puertas tras el pirata desconocido. Tan pronto como había aparecido Boy Wonder desapareció dejando a Erik mirando una pantalla vacía.

—Maldito sea ese miserable pirata. Es la última vez que me toca las narices.

De pronto recordó a Penny. Al ver que no estaba en el sofá fue rápidamente hacia su puerta. Frunció el ceño al ver que estaba cerrada.

—¡Penny, abre!

—Vete.

Su ceño se hizo más profundo al notar que ella estaba llorando.

Musitó una maldición al darse cuenta de que probablemente la había ofendido al tirarla en el sofá cuando oyó la alarma. Frustrado, pero con esperanzas de convencerla para que abriese y pudieran continuar donde lo dejaron apoyó la frente en la puerta.

—Anda, cariño. Lo siento. Era otra vez ese maldito pirata. Ya sabes, Boy Wonder, el que está entrando en mi sistema.

—Vete —dijo ella en voz más audible y llena de resentimiento—. Y juega con tus estúpidos juguetes.

—Los ordenadores no son juguetes —gritó—. Son equipamiento electrónico de alta tecnología.

—Muy bien. Pues vete a jugar con tus juguetes electrónicos de alta tecnología.

—Muy bien, maldita sea —chilló apartándose de la puerta—. Si es así como lo quieres. Vale. Pero haz las maletas. Nos volvemos a Texas.

Fue hacia la sala, tomó su portátil, arrancó la conexión del módem del teléfono y se fue a su cuarto cerrando de un portazo.

Penny durmió durante todo el vuelo de regreso a Austin. Su capacidad para dormir tras aquel torbellino de emociones no era sorprendente. A menudo se metía en la cama, se tapaba hasta la cabeza y se dormía cuando tenía que enfrentarse con problemas aparentemente insolubles. Suponía que era una técnica para evitarlos, como el avestruz que enterraba su cabeza en la arena cuando sentía peligro, pero no le importaba. Había descubierto la estrategia por casualidad tras la muerte de sus padres y la había perfeccionado con los años. Aquella noche en especial la vino muy bien.

Y dejó completamente frustrado a Erik. Él no quería que Penny se durmiera. Quería que se sentase en su regazo y lo besara y en vez de eso se había tapado con una manta nada más sentarse en el avión privado, se había vuelto de espaldas a él y había cerrado los ojos. Y estaba dormida desde entonces.

Bueno, le daba igual, se dijo a sí mismo y reclinó su asiento. Era un juego al que podían jugar dos igual que uno.

Desgraciadamente él no compartía la capacidad del ratón para dormirse en medio de la confusión. Su mente se negaba a pensar en nada más que en el día que habían pasado juntos en San Diego. A pesar de su determinación para bloquear los recuerdos, estos se proyectaban en su cabeza con una claridad que rivalizaba con la de un DVD. Recordaba cómo habían brillado sus ojos al ver los koalas en el zoo y cómo había jugado el viento con su cabello en el paseo que habían dado en barco.

Pero las imágenes más tercas, las que volvían una y otra vez y lo mantenían despierto eran las de la playa y las de después, en el hotel.

El olor de ella estaba aún en su olfato y parecía sentir sus curvas en las manos.

Cuando se había levantado aquella mañana su objetivo había sido llevársela a la cama, reclamar para sí el premio de su virginidad. Pero eso fue antes de que la viera reírse, antes de haberla besado. Antes de haberla tenido en sus brazos, de haber paladeado su inocencia y de haber sentido su reacción ante su respuesta apasionada.

Ahora le bastaría con que lo mirase, con que hablase con él, con que dejase de hacer como si no lo viera.

Y si ella lo tocase, pensó, él sería arcilla en sus manos.

Capítulo 5

Penny pensó mucho en dejar el trabajo y buscar uno nuevo, poniendo fin así a la tortura de tener que ver a Erik todos los días, un plan que su amiga Suzy aplaudió tras oír lo que había pasado en California.

Y, cobarde como era, la antigua Penny probablemente hubiera dimitido. Pero no la nueva Penny, la que hizo su aparición por primera vez cuando decidió dejar la casa de su hermano, la que se había hecho más fuerte al enfrentarse a la búsqueda de una nueva casa, un nuevo trabajo y una nueva ciudad; la que parecía haber florecido de un día a otro con un nuevo peinado y un nuevo vestuario que marcaba el comienzo de una nueva vida. Esa Penny no dimitiría. Hacerlo sería admitir su cobardía, dejarse vencer por sus miedos, volver a sus viejas costumbres, a su antigua forma de ser.

Y la nueva Penny no tenía la menor intención de volver allí nunca más. Pero tratar con Erik, ocultarle su decepción y su resentimiento por haberla tratado con tan poco cuidado, requeriría una sutileza y una fuerza que no estaba segura de poseer.

Una semana después de su vuelta del viaje de negocios con Erik, Penny alzó los ojos de la pantalla del ordenador al oír la puerta del ascensor.

—¡Señora Hilloughby! —gritó levantándose para recibir a la antigua secretaria—. Qué alegría volver a verla ¿Cómo está?

—Igual que siempre, ¡pero tú! ¿Qué te has hecho?

—Me corté el pelo —dijo sonrojándose.

—Pues te sienta muy bien. Te da un aspecto completamente distinto.

—Gracias, pero ¿qué hace por aquí? Creí que estaría jugando con sus nietos.

—Me he tomado el día libre. No sé de dónde sacan tanta energía esos niños. Acaban conmigo en nada de tiempo —Penny se rió y la acompañó a la zona de recepción.

—¿Quiere una taza de café? ¿Un té con hielo?

—Té, por favor —Eleanor se quedó mirándola mientras llenaba los vasos. Se moría de ganas de saber qué tal se llevaban ella y Erik, pero no podía preguntarlo directamente por temor de que ella se sintiera incómoda. Pero había otras formas de conseguir la información que necesitaba—. ¿Está Erik en su despacho?

Los dedos de Penny temblaron y cayeron unos granos de azúcar sobre la mesa. Eleanor observó aquella muestra de nerviosismo y la archivó para su estudio posterior.

—Sí ¿Quiere que le diga que está aquí?

—Ya habrá tiempo para eso. Háblame de ti ¿te gusta trabajar con Erik? —la vacilación de Penny fue otro dato que Eleanor archivó.

—Sí —dijo por fin con una sonrisa forzada—. Me gusta mucho mi trabajo.

«Caramba» pensó Eleanor «la chica puede eludir una respuesta mejor que un político». Con la esperanza de descubrir la causa de lo que se temía que era una relación tensa, la condujo a unos sillones. Se sentó e indicó a Penny que hiciera lo mismo.

—Siéntate y hazme un poco la visita —Penny miró la puerta cerrada del despacho de Erik.

—¡Por Dios! No te va a echar en cara un minuto o dos fuera de tu mesa —con una última mirada a la puerta Penny se sentó en el borde del sillón con el vaso en la mano, como si estuviera lista para ponerse en pie a la menor provocación. Intentando relajarla Eleanor suspiró—. Ay, cómo echo de menos este sitio.

—¿De veras? —Eleanor se rió por la duda que había en la voz de su sustituta.

—Sí, de veras. Hay muchas cosas buenas que decir de la jubilación, pero también las hay de saber que tienes un sitio al que ir todos los días, un sitio en el que te necesitan.

—Si quiere volver a su antiguo empleo —dijo Penny con voz insegura. Eleanor se rió e hizo un gesto de rechazo.

—No, claro que no. Sabía lo que estaba haciendo cuando me jubilé, no lo lamento. Pero echo de menos ver a mi Erik —Penny bajó la mirada y pasó el dedo por el borde de su vaso. Eleanor sospechó que aquello se debía a su mención de Erik. Se echó para atrás y estudió a la joven, segura de que había algo entre su antiguo jefe y la nueva secretaria. Y se temió que ese «algo» no era lo que ella había esperado cuando la contrató para que la reemplazara—. Es un buen hombre. Quizá demasiado obsesionado con su trabajo, pero básicamente tiene buen corazón.

—Estoy segura de que tiene razón.

—Pero no se cuida. Se le olvida comer a no ser que se lo recuerdes.

—Si, ya lo había notado.

—Pero es guapo —le dio un codazo a Penny—. Es fácil perdonar a un hombre que resulta agradable de mirar.

—El aspecto no lo es todo —Penny se levantó de la silla.

—No —Eleanor se levantó también—. Pero generalmente es lo primero que atrae a un hombre o a una mujer por un miembro del sexo opuesto.

—Lo importante es lo que hay dentro de las personas.

—Sí. Y como te he dicho, Erik tiene un buen corazón —Penny la miró y Eleanor observó la duda que había en su mirada… y también

notó que ella estaba herida—. ¿Te ha contado algo de su familia? —preguntó decidiendo que no haría daño si se metía un poco donde no la llamaban.

—No. Nunca la ha mencionado —Penny puso su vaso en su mesa y se sentó en su silla de trabajo.

—No esperaba que lo hiciera. No ha tenido ningún contacto con ellos durante años. Son gente de corazón frío. Él es su único hijo, pero están tan ocupados con sus carreras y sus vidas que nunca se molestaron en pasar tiempo con él. Ni siquiera cuando era pequeño. Contrataron niñeras y amas de llaves para que lo criasen. Los niños necesitan a sus familias, estar seguros de que los quieren, para aprender ellos a amar a su vez.

Penny miró su monitor sin verlo, pensando en su hermano y en sus sobrinos y sabiendo que lo que decía la señora Hilloughby era cierto ¿No había dejado ella su hogar, su familia y todo lo que conocía por aquella razón? ¿No se había dado cuenta de que si se quedaba su hermano seguiría sin ver a sus hijos y dejándola a ella todo el cuidado?

Descubrir que Erik podía haber sufrido como sus sobrinos, por la falta de amor de sus padres la hizo sentir pena. Pero al darse cuenta enderezó su espalda porque no quería sentir simpatía por él.

—Sí, así es. Pero hay mucha gente que ha sobrevivido a infancias trágicas y a familias rotas y han conseguido llevar vidas normales y productivas —Eleanor percibió el dolor en la voz de Penny y se preguntó qué habría hecho Erik para provocarlo. Y él era responsable de haber herido a Penny, de eso estaba segura.

—Sí —repuso pensativa—. Probablemente tienes razón, pero no puedo dejar de creer que hubo alguien en la vida de esas personas que dedicó un tiempo a criarlos. Alguien que de forma obstinada siguió ofreciendo amor, sufriendo sus propias decepciones al ver que no recibían nada a cambio —después de haber dicho todo lo que se atrevía a decir sobre el tema, Eleanor alzó las manos—. ¡Vaya por Dios! Aquí estoy intentando solucionar los problemas del mundo mientras que tú seguro que tienes muchísimo trabajo.

—Sí, lo tengo, pero es un placer charlar con usted —Penny tomó el teléfono—. Avisaré a Erik de que está aquí.

—No, prefiero darle una sorpresa. A lo mejor hasta lo convenzo para que me invite a almorzar.

Erik estaba agotado, mentalmente exhausto por el ataque verbal de que la señora Hilloughby le había hecho objeto durante todo el almuerzo. Y la cosa no había terminado al pagar la cuenta. Ella le había seguido al piso superior, donde él tenía su residencia, con la excusa de que quería ver qué había hecho en la casa.

Sabía que le iba a caer otro rapapolvo. Aunque le había prometido varias veces que contrataría un profesional para que decorase su apartamento, nunca había llegado a hacerlo. Por tanto las paredes estaban desnudas y las habitaciones vacías excepto por los elementos básicos para la vida: un sofá, una televisión de pantalla panorámica, un sistema de sonido de tecnología punta y una cama gigantesca que, desgraciadamente, él no se había molestado en hacer en toda la semana.

Ni tampoco se había tomado la molestia de tirar los cartones de la comida preparada de toda la semana. Estaban acumulados en la gran isla central de la cocina ocultando por completo la superficie de granito y llenando la habitación con el desagradable olor de sobras descompuestas.

Había prometido a su antigua secretaria una vez más que se ocuparía de adecentar el apartamento, de contratar a alguien para que lo hiciera presentable, pero ella alzó una ceja, señaló el teléfono y le dijo que no necesitaba ningún decorador. Que tenía una secretaria más que capaz de convertir aquel vertedero en una casa.

Y tercamente se negó a marcharse hasta que él tomó el teléfono y llamó a su secretaria, pidiéndola que subiera. Le había parecido un descaro hacer la llamada, pedirle a Penny que hiciera algo por él, especialmente algo tan especial como decorar su apartamento. Y más aún cuando le había dado la espalda más de una vez en aquella semana. Pero conocía lo bastante bien a Eleanor como para saber que si él no hubiera hecho la llamada la habría hecho ella. La mujer era terca como una muía.

Y aunque lo avergonzaba admitir que se había doblegado a la presión de la señora Hilloughby tranquilizó su ego recordando un consejo que le había dado Red hacía años, nacido de la experiencia de haber vivido con ella durante treinta y cinco años: «Es mejor que hagas lo que dice, chico. Te ahorrarás los chichones que te harías al chocar contra esa cabeza tan dura que tiene, además del tiempo perdido discutiendo. Al final se hará lo que ella quiere. Siempre ha sido así».

Riéndose ante el recuerdo, Erik sacó una bolsa de basura y la llenó con los envases de comida vacíos. No tenía sentido permitir que Penny supiera que vivía como un cerdo, se dijo a sí mismo. Un hombre tiene su orgullo, después de todo.

Al oír el ascensor escondió la bolsa de basura y fue hacia la puerta, temiendo el encuentro. Él y el ratón habían hecho un buen trabajo evitándose mutuamente desde que volvieron de California. Los dos se habían esforzado en ello, hablándose solo cuando era necesario, no permitiendo que se cruzasen sus miradas y ambos habían demostrado ser contorsionistas competentes para evitar el menor roce.

Y toda la situación estaba empezando a atacarle los nervios, haciéndolo más gruñón de lo habitual y con muchas ganas de pelea.

Encontró exactamente el incentivo que necesitaba para saltar al cuadrilátero cuando se abrió la puerta del ascensor y apareció Penny. Tenía un cuaderno de notas sujeto contra el pecho y ese aire de «ni se te ocurra acercarte a mí» que había llegado a detestar a lo largo de la última semana.

—¿Querías verme? —él se irritó por su tono profesional y por su inmovilidad.

—Eleanor quiere que decores mi apartamento.

—¿Decorar tu apartamento? —repitió sorprendida.

—Dice que puedes hacerte cargo de la tarea. Aunque yo tengo mis dudas —esto último lo dijo entre dientes, pero ella lo oyó, de forma que tras hacer una inspección superficial de la habitación contestó con tirantez.

—Te aseguro que cualquier cosa que yo pudiera sugerir sería una deslumbrante mejora a tus patéticos intentos como decorador de interiores.

—Ha sido un bello intento de insultarme, pero yo no he hecho intento alguno. Esto está exactamente igual que el día que me mudé.

—Es bastante evidente —incapaz de resistir la tentación de verlo todo más cerca recorrió la habitación anotando mentalmente la posición de las ventanas, radiadores y puertas mientras empezaban a acudir ideas a su cabeza—. ¿Tienes algún estilo en particular en mente? ¿Algún tema?

—¿Tema?

—Sí, tema. Ya sabes. Animal, tropical, burdel. Ya sabes, un tema.

—¿Burdel? —horrorizada por haber dejado escapar aquella palabra que reflejaba la fantasía que tenía ella del piso de Erik y de las mujeres que pensaba que recibiría allí, fingió un gran interés en las molduras que rodeaban las ventanas.

—Una mala elección de palabras —dijo intentando frenéticamente encontrar otra—. Piso de soltero. Sí. Ese es un término más adecuado.

—¿Estás segura de que puedes hacerte cargo de la tarea? —la miraba lleno de dudas.

—Claro que puedo —insistió rezando para que él no retirase la oferta, por lo menos hasta que ella hubiera visto todo el apartamento y las posibilidades que ofrecía.

Frunciendo el ceño él sacó la cartera y le entregó una tarjeta de crédito American Express platino. Ella la miró y luego a él con expresión interrogativa.

—Compra lo que necesites y cárgalo a mi cuenta —se dirigió a la puerta que llevaba a la cocina—. Me voy de la ciudad. Estaré fuera dos semanas. Tenlo antes de que vuelva.

—¡Pero no me has dicho tus preferencias! Qué colores te gustan, qué tipo de muebles, qué tema.

—Haz lo que te dé la gana, solo quiero tenerlo hecho cuando vuelva.

Agotada, Penny se apartó de la cara un mechón que había escapado de la cinta que se había atado alrededor del cabello y dio un paso atrás para estudiar el color verde salvia con que estaba pintando las paredes del estudio de Erik.

El plazo estaba casi terminado. Dos semanas en las que ella había empleado todos sus minutos disponibles. Cuando no estaba sentada en su mesa de despacho estaba comprando muebles, mirando tapicerías y muestras de pintura y rogando todo el tiempo porque Erik aprobase su elección.

No es que le importase especialmente que él estuviera complacido con ella, pensó con un suspiro de resentimiento. Simplemente no quería que pusiera faltas a su capacidad o su gusto.

Miró su reloj de pulsera y ahogó un gemido al ver que eran las dos de la noche. Si no fuera porque estaba decidida a terminar la tarea antes de la vuelta de Erik estaría en su casa durmiendo. Fue a la cocina a limpiar el rodillo maldiciendo su terquedad, una característica familiar que hasta entonces no supo que había heredado, pero que conocía muy bien porque su hermano Jase era un claro ejemplo de ella. Sonrió al pensar en su hermano. Había estado tentada mil veces de llamar para ver cómo iban las cosas en el rancho, pero la había resistido temiendo que él la forzase a volver. Su hermano tenía un don para utilizar el sentimiento de culpabilidad para manejar a Penny desde que se convirtió en su tutor.

El recuerdo de su hermano le trajo a la mente el comentario de la señora Hilloughby sobre la infancia de Erik: «Son gente de corazón frío. Él es su único hijo, pero están tan ocupados con sus carreras y sus vidas que nunca se molestaron en pasar tiempo con él. Ni siquiera cuando era pequeño. Contrataron niñeras y amas de llaves para que lo criasen».

Penny no quería sentir nada por Erik Thompson después de cómo la había tratado, pero no podía evitar el sentimiento de simpatía por el niño que había sido una vez. Ella había conocido la soledad después de la muerte de sus padres y había experimentado una necesidad de amor que su hermano nunca había sido capaz de proporcionarla y no podía evitar preguntarse si Erik no habría sufrido de la misma manera.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al darse cuenta de que él tenía que haber padecido la misma soledad que ella, quizá más aún. Por lo menos ella tenía a su hermano.

«Los niños necesitan a sus familias, estar seguros de que los

quieren, para aprender ellos a amar a su vez». Las palabras de la señora Hilloughby se abrieron paso en su cabeza planteando preguntas aún más complicadas.

¿Se debía la insensibilidad de Erik a la falta de amor en la que había crecido? ¿Le había dado carta blanca para decorar su casa porque una casa no significaba nada para él, aparte de un sitio donde dormir? ¿Era esa la razón de que hubiera elegido el piso superior de su edificio de oficinas en lugar de comprar una casa lujosa en las colinas de Austin o en una urbanización de lujo como hacían otros muchos ejecutivos?

Sintió un escalofrío al darse cuenta de que sus teorías probablemente eran correctas. Erik nunca había tenido un familiar que se ocupase de él como ella. Nunca había experimentado el amor de sus padres, ni la seguridad que daba un hogar construido sobre esos cimientos. Había elegido su casa por la proximidad a la única cosa que conocía y entendía. Sus negocios.

Cuando se dirigió al dormitorio de Erik era consciente de que las razones para crear un ambiente cálido y agradable para su jefe habían sido egoístas al principio, una oportunidad de demostrarle que ella podía llevar a cabo cualquier tarea que la encomendase. Pero ahora tenía otros motivos.

Quería crear para él la casa que nunca había tenido.

Se detuvo en el umbral de su dormitorio estudiando con ojo crítico la habitación que había conseguido decorar completamente: las paredes cálidas color pimentón, suavizadas por la luz de las lámparas; la enorme cama con el alegre edredón y las montañas de cojines; el mueble para la televisión y el sistema de sonido. La mesilla sobre la que había puesto los libros y documentos que encontró en el suelo junto a la cama sin hacer la primera vez que entró. El mueble bar que había creado y que daba al cuarto de baño, sabiendo cuánto le gustaba y cuánto necesitaba un poco de cafeína por la mañana.

Miró la habitación deseando que él pudiera experimentar el calor que un hogar verdadero proporciona, algo que él nunca había disfrutado de niño y que creía que seguía necesitando a pesar de no ser ya ningún niño, sino un adulto.

Bostezando, Erik salió del ascensor y entró en su oscuro apartamento. Estaba ansioso de dormir en su propia cama después de dos semanas de hoteles y aviones. Cruzó a oscuras el salón y se golpeó con una escalera. Maldijo a su secretaria y al pintor por su descuido, apartó la escalera y siguió su camino. Al pasar por la cocina dejó su maleta en el suelo, se sacó la camiseta y se la fue quitando mientras caminaba.

Más dormido que despierto se quitó las botas y los vaqueros y se

metió entre las sábanas. En algún lugar de su mente registró el hecho de que su cama era un poco más alta de lo que él recordaba y de que las sábanas olían a limpio y eran más suaves.

¿El trabajo del ratón? se preguntó y luego decidió que le daba lo mismo quién hubiera proporcionado las sábanas limpias. Solo quería dormir y estaba seguro de poder hacerlo durante una semana si le daban la oportunidad.

Capítulo 6

La mente de Penny fue lo que primero despertó, alertada por el calor desacostumbrado. Se preguntó si se habría apagado el aire acondicionado durante la noche, pero como estaba demasiado cansada para levantarse a comprobar el termostato sacó un pie desnudo de debajo de las sábanas y comprobó la temperatura de la habitación. El aire era fresco y volvió a meter el pie en la cama. Miró hacia la ventana que estaba enfrente de ella, estaba amaneciendo. Volvió a hundirse en la almohada prometiéndose a sí misma que solo serían unos minutos.

A pesar de que estaba agotada por haber trabajado hasta tan tarde, tenía aún mucho trabajo que hacer antes de que acabase el fin de semana, por esa razón había decidido quedarse a dormir en el apartamento de Erik para ahorrarse el tiempo de ir hasta su casa y volver. Naturalmente, dado que no lo había planeado así, no tenía más que su ropa de trabajo y se había visto obligada a dormir desnuda, algo que no había hecho en toda su vida.

Mientras el sueño se volvía a apoderar de ella se imaginó la sorpresa de Erik cuando volviera el lunes y descubriera que había terminado de decorar su apartamento, según sus instrucciones. Estaba segura de que él dudaba de que pudiera hacerlo.

Dos días más para completar la transformación de aquel lugar cavernoso en una casa agradable. Podía hacerlo.

Se quedó dormida y tuvo un sueño. Era un sueño agradable y conocido, ella lo había provocado muchas veces en los últimos diez años, pero esta vez vino de forma espontánea.

En el sueño ella estaba con Erik en la cama, el brazo de él estaba posado sobre su cintura y la mano sujetaba su pecho. Las nalgas de ella estaban pegadas al cuerpo de él. Podía sentir la calidez de su aliento en el cuello y también los movimientos rítmicos de su pecho contra su espalda.

Tanto el sueño como las sensaciones que le provocaban eran más agradables de lo normal, tenían un erotismo y una sensualidad que antes no habían tenido. Su subconsciente razonó que eso se debía a que ahora sabía lo que se sentía al ser abrazada por Erik. El deseo se hizo mayor y se movió ligeramente para apretarse más contra él… y entonces sintió su erección. Se quedó rígida y abrió los ojos de pronto. Con el corazón golpeándole las costillas parpadeó ante la brillante luz del sol, diciéndose a sí misma que era un sueño, que no era posible que Erik estuviera pegado a ella. ¿O sí?

Tragó saliva y miró el brazo que se apoyaba en su cintura, alargó la mano y lo tocó. Apartó rápidamente la mano al comprobar que era carne auténtica.

¿Cómo podía ser? Se preguntó presa del pánico ¿Cuándo? Erik no tenía que volver hasta el lunes.

Él estrechó más su abrazo y sus dedos la apretaron el pecho, haciendo que sintiera deseos de más. Sintió que el aliento de él se hacía más cálido en su cuello y también más rápido. Los dedos de él acariciaron más su pecho y ella sintió un aguijonazo de deseo.

Sabía que tenía que detenerlo ¿pero cómo? Y peor aún ¿quería de verdad detenerlo? Se humedeció los labios nerviosa.

—¿Erik? —al ver que él no respondía ella se volvió y lo vio dormido a su lado—. ¿Erik? —él gimió y se acercó más a ella.

—¿Sí, nena? —¿nena? La había llamado nena. Se sintió complacida por el término cariñoso.

—¿Estás despierto? —aunque sus ojos seguían cerrados sonrió lentamente y acercó más su pelvis al cuerpo de ella.

—Algunas partes de mí sí lo están —ella sintió que le ardía la sangre en las venas. Tenía que poner fin a aquello.

—Erik.

Él tomó su mano y la silenció cubriendo su boca con la de él. Puso la mano de ella detrás de su nuca. El deseo fue instantáneo y Penny olvidó todos sus planes de detenerlo.

Estrechando sus brazos en torno a su cuello lo atrajo más aún, gimiendo de deseo. Él también gimió y ella introdujo su lengua entre los labios de él y, deseosa de conocerlo mejor, aflojó su abrazo y pasó su mano por los anchos hombros, por los músculos de su espalda. Aquello era lo que había estado esperando durante tantos años. Aquel era el hombre que tenía la llave de su corazón, el único hombre que había considerado digno de tener su virginidad.

Él tomó la iniciativa en el beso y ella lo dejó hacer, agradecida, deseándole más de lo que había deseado nada en su vida. Su impaciencia por él creció, pero los labios de él se movieron hacia sus párpados, sus mejillas, su barbilla, y luego otra vez hacia su boca.

Él hizo el beso más profundo y cambió de postura sin dejar de besarla. Ella sintió su mano ligera en su mejilla y luego en su barbilla. Aunque tenía los ojos cerrados sentía la mirada de él. Nunca se había sentido más amada, más adorada que en aquel momento.

Entonces él empezó a deslizar su mano hacia abajo, siguiendo el arco de su cuello para detenerse en su pecho. Apretó su pezón entre los dedos hasta que ella sintió un dolor que se parecía mucho a su urgente necesidad de él. Luego descendió con su mano hasta el abdomen y la acarició con suavidad, luego se posó sobre su femineidad y el peso de su mano y la fuerza de los dedos que la rodeaban fue un placer tan exquisito, tan inesperado, que se le saltaron las lágrimas.

—Ámame —susurró ella acariciándole la cara—. Y déjame que yo

te ame.

Ella lo besó y él la respondió con pasión, colocando su cuerpo sobre el de ella. Sentir su peso le produjo una sensación de placer que sabía que no olvidaría. Abrió las piernas dejándole sitio.

La gentileza que él había mostrado hasta aquel momento desapareció dejando paso al hambre, a la desesperación por tener más. Él pasó una mano bajo sus caderas y ella se arqueó instintivamente para ir a su encuentro. No sintió miedo, solo la ardiente necesidad de tenerle dentro de ella, llenándola, acabando con aquel insaciable deseo de conocerlo completamente, de regalarle su inocencia, su amor por él.

Apretándola contra él le dijo con voz ardiente.

—Puede que te duela. Pero te prometo que no será mucho tiempo.

Ella sintió la tensión de su cuerpo y reconoció su lucha por controlarse, su vacilación para entrar en ella como si temiera herirla.

—No me harás daño, no puedes.

Sintió que el peso de su pecho de apartaba de su cuerpo y abrió los ojos. Él estaba alzado sobre ella mirándola con un ardor inconfundible. Sintió del deseo de darle algo más que el hogar que nunca había conocido. Quería darle todo el amor que le había sido negado toda su vida.

—Déjame que te ame —repitió en un susurro mientras le acariciaba la espalda—. Déjame —y se arqueó contra él para recibirlo.

Ella observó la tensión de su cara mientras él se tensaba para mantener el control. Según se iba introduciendo en ella iba buscando cualquier señal de dolor o de incomodidad por su parte y supo que a la primera señal él se detendría.

Ella lo había amado en secreto durante diez años, pero supo que nunca lo amaría más de lo que lo amaba en aquel momento.

Cuando él alcanzó por fin el velo de su virginidad y lo atravesó ella se puso rígida al sentir el dolor… pero no gritó ni le pidió que se detuviera. No quería, no podía. Había esperado muchos años para experimentar aquello.

Cuando el dolor se hizo casi insoportable cerró los ojos y le clavó los dedos, apretándolo contra ella hasta que el dolor dejó paso al placer.

Como si hubiera sentido que su cuerpo lo aceptaba él empezó a moverse otra vez. Con cada movimiento aumentaba el placer y ella empezó a moverse instintivamente a su ritmo, despacio al principio y luego más deprisa. Ella le sujetó por los hombros como temiendo que se marchase, pero él no se iba a ir.

La tomó las manos y se las sujetó contra las sábanas, a la altura de los hombros.

—Mírame —le dijo. Aunque ella no quería abrir los ojos algo en el tono de él la hizo obedecer.

Y cuando los abrió y contempló la pasión en los ojos de él supo que su sueño se había hecho realidad. Y Erik era lo más real de todo, su aliento, sus dedos fuertes, el peso de su cuerpo sobre el de ella, la carne palpitante que los unía.

Aunque una parte de sí seguía creyendo que todo era un sueño del que despertaría en cualquier momento, como tantas otras veces, no podía negar que la necesidad que ardía dentro de ella era real ni podía evitar que su cuerpo respondiera naturalmente al deseo de él.

Cuando el ritmo alcanzó un punto febril ya solo pudo pensar en sí misma, en la necesidad acuciante que crecía dentro de ella. La ola se fue haciendo más y más grande, robándola el aliento, la capacidad de pensar y luego la ola rompió, arrastrándola. Gritó su nombre sin darse cuenta, llevada por el éxtasis.

Luego se sintió flotar sobre una nube de placer, sabiendo que había visto el cielo. Quería pellizcarse, gritar su alegría. Ella, Penny Rawley, que según su amiga Suzy era probablemente la última virgen del instituto había dejado de ostentar esa distinción.

Se hubiera reído, pero en aquel momento sintió cómo se tensaba el cuerpo de Erik sobre el suyo y oyó su gemido y sintió su convulsión… y luego la calidez de su semilla que se esparcía dentro de ella.

Sintió que las lágrimas la quemaban la garganta cuando él se tendió contra ella y enterró su cara en la curva de su cuello. No sabía que un hombre después del orgasmo se quedaba desvalido y completamente expuesto. Pero él si lo sabía y había confiado lo bastante en ella como para permitirla que lo viera vulnerable.

Lo abrazó contra su corazón, absorbiendo su calor, necesitando su proximidad, dándose cuenta de que ella nunca había sentido antes el vínculo emocional que creaba el sexo entre un hombre y una mujer.

Llena de amor por él lo mantuvo abrazado hasta que su respiración se hizo regular y cuando él se durmió ella aflojó el abrazo solo un instante para cubrir a ambos con el edredón. Apretó los labios sobre su sien y musitó:

—Estás en casa, Erik, por fin estás en casa.

Cuando Penny se despertó el sol le daba en la cara, quiso darse la vuelta, pero no pudo porque algo le sujetaba las piernas. Abrió los ojos y se encontró con que Erik estaba a su lado mirándola con la cabeza apoyada en la mano.

Recordó todo lo que había sucedido y sintió deseos de abrazarlo, pero se contuvo al ver que él estaba con el ceño fruncido.

—¿Pasa algo? —él tomó su mano y se la llevó a los labios.

—No, solo estaba pensando. Sé que te va a sonar a tontería, pero

mientras te miraba dormir tuve una extraña sensación de *déjá vu*. Como si ya te conociera. De antes, quiero decir –ella contuvo el aliento porque se dio cuenta de que a pesar de que había deseado rabiosamente que él la reconociera, de pronto no quería que recordara a la chica tímida y torpe que había sido diez años antes. El ceño de él desapareció con la misma rapidez con que había aparecido—. Supongo que debería decir buenos días ¿no?

—Sí, me imagino que es lo adecuado —dijo ella con alivio.

Él alargó la mano para pasarle un mechón de cabello tras la oreja y luego le acarició la cara. Sin apartar la mirada de ella se volvió a tumbar sobre la almohada y la tomó de una mano, que sujetó contra su pecho.

—Me imagino que yo también debería darte las gracias. Ha sido una estupenda fiesta de bienvenida la que me preparaste esta mañana —«¿fiesta de bienvenida?» Tardó un rato en comprender el significado de la frase. ¿No pensaría él que estaba planeado?—. No es que me queje —dijo él riendo y besándola en los labios —no sabía cómo explicarle que ella pensó que su presencia allí formaba parte de un sueño, así que se quedó callada—. Veo que eres un monstruo hablador por la mañana ¿no?

Ella se aclaró la garganta sabiendo que tenía que decir algo ¿pero qué? No podía decirle que no había intentado seducirlo, que creía que todo había sido el mismo sueño de siempre. Intentando evitar la explicación se sentó en la cama.

—¿Quieres café? —él la tomó por la cintura y la obligó a tumbarse de nuevo.

—¿Qué prisa hay? Hoy es sábado, o por lo menos yo creo que es sábado.

—Sí, es sábado. Yo… no te esperaba hasta el lunes.

—Acabé pronto —él se incorporó apoyando la cabeza en la mano y la miró como si de pronto le pareciese que era la criatura más fascinante de la tierra—. Te preguntaría qué estabas haciendo en mi cama, pero me temo que podría parecer desagradecido.

—Trabajé hasta tarde y decidí quedarme a dormir aquí. Quería empezar pronto esta mañana.

—¿Empezar pronto? ¿A hacer qué?

—Tu apartamento. La decoración. Quería acabarlo todo antes de que volvieras el lunes.

—Oh —echó una ojeada a la habitación—. Un buen trabajo. Sobre todo esto que has puesto en mi cama —se acercó a ella y se inclinó para besar su labio inferior—. Aunque probablemente me dé un infarto cuando sepa lo que me va a costar esto.

Ella lo apartó alarmada.

—Te aseguro que he mantenido los gastos al mínimo. Es más, hay

muchas cosas que las he hecho yo misma —él soltó una carcajada.

—No hablaba del coste de decorar el apartamento. Hablaba de ti —ella abrió mucho los ojos.

—Pero yo no pensaba cobrarte las horas que he pasado pintando —riendo él pasó un brazo en torno a su cuello y la atrajo hacia él.

—Eres inocente de veras —dijo antes de besarla profundamente. Justo cuando ella empezaba a derretirse, a tener deseos de repetir la sesión de amor, él frotó su nariz de forma juguetona contra la de ella —. ¿Entre tus talentos se encuentra el de saber cocinar? —preguntó sentándose. Ella tardó unos instantes en adaptarse.

—Bueno… sí. Aunque dudo que haya algo en la nevera para hacer un desayuno decente.

Con un gruñido él le dio una palmada en el trasero y fue hacia el cuarto de baño.

—Mira a ver qué puedes encontrar. Me muero de hambre.

Ella se quedó mirando su cuerpo casi perfecto abstraída. Luego cayó en la cuenta de la orden que le había dado, de lo que él había dicho y hecho y se levantó con los ojos empañados en lágrimas.

Ella creía que los amantes cuando se despertaban se acariciaban, daban besos cariñosos y susurraban palabras de cariño. ¿Y qué había recibido ella? Humillación.

Furiosa, se pasó la mano por los ojos y buscó su ropa. «Menudo idiota» murmuró. Él daba por supuesto que ella le iba a hacer el desayuno. El, que le había dado una palmada tan poco romántica en el trasero. Él, con su insinuación de que ella esperaba algún pago por la «fiesta de bienvenida a casa» que ella le había preparado.

Cuanto más pensaba en su actitud más furiosa se ponía. No permitiría que la tratase como una chica a la que se llama por teléfono para una noche, se decía a sí misma mientras daba portazos en la cocina buscando algo para preparar el desayuno. No era como si ella lo hubiera planeado y no cometería el error de que él la volviera a encontrar allí.

Sacó la sartén y la puso sobre un fuego, luego se dio cuenta de lo que hacía y volvió a guardarla. No pensaba prepararle su maldito… Gritó soltando la sartén al sentir que unos fuertes brazos la rodeaban desde atrás.

—¿Qué haces? —gritó intentando liberarse de aquel cuerpo mojado que se enroscaba en el suyo.

—Me sentía solo en la ducha.

—Entonces deberías pensar en comprarte un patito de goma —él alzó una mano y la cerró sobre su pecho.

—Prefiero jugar contigo.

Penny cerró los ojos y sintió un escalofrío cuando él la mordisqueó el lóbulo de la oreja. Sintiendo que flaqueaba se enderezó.

—Lo tienes crudo —dijo con los dientes apretados—. No estoy a la venta.

Frunciendo el ceño él se apartó y la hizo volverse en sus brazos. Cuando ella se negó a mirarlo él la tomó por la barbilla y la obligó a hacerlo.

—¡Caramba! Estás enfadada —ella apartó la cara.

—Brillante deducción, Einstein.

—¿He dicho algo malo? ¿He hecho algo?

—Correctas ambas preguntas —se soltó de un tirón, tomó su bolso y fue hacia la puerta—. Me voy a casa. Y, por cierto, mis servicios no se venden. Ni el de acompañarte en la ducha, ni tampoco, puedes estar seguro de ello, el entretenerte en la cama.

Erik la miró atónito. ¿Sus servicios no estaban en venta? ¿De qué demonios estaba hablando?

—Oye, espera un minuto. Nunca intenté comprar tus servicios.

—Claro que sí. Cuando estaba en tu cama tú…

—Exactamente. Mi cama, la mía. Y yo no te dije palabritas lindas para llevarte a ella. Te encontré allí ¿recuerdas? Y si estás pensando en denunciar acoso sexual puedes olvidarte de ello, porque yo no te obligué a nada. Tal y como yo lo recuerdo fuiste tú quien empezó.

—No me daba cuenta de lo que hacía. Estaba dormida —en cuanto dijo las palabras quiso borrarlas porque se dio cuenta de lo increíbles que parecían.

—¡Dormida! —rugió—. ¿Esperas que me crea que estuviste dormida todo el rato? ¿Que ni una sola vez durante todo aquel jadeo, ni durante el orgasmo que probablemente han registrado todos los sismógrafos de aquí a California no fuiste ni una sola vez consciente de tus acciones o de las mías?

—Al principio no —dijo ella con la cabeza gacha y jugueteando con el asa de su bolso.

—No me lo creo —ella alzó la cabeza, enfadada porque él se negaba a aceptar su explicación.

—Puedes creer lo que quieras, pero es la verdad. Cuando me di cuenta por primera vez de que estabas en la cama conmigo creí que era un sueño.

—¿Sueño? —repitió lentamente, luego gritó—. ¿Sueño?

—Sssí. Un sueño —dio un paso atrás. Erik la miró fijamente sin querer creerla, sabiendo que era de locos creer que alguien podía estar dormido mientras hacía el amor como lo habían hecho ellos aquella mañana y creer que todo era solo un sueño. Pero tenía que recordar que estaba tratando con el ratón. El ratón que se había metamorfoseado en un solo día de un espantajo en una guapa e irritante diosa del sexo.

Y por más que el deseara pensar otra cosa solo podía ver

sinceridad en su mirada.

—Pues si eres capaz de eso estando dormida no quiero pensar en el tipo de seducción que puedes poner en práctica cuando estés completamente despierta.

—¿Quieres decir que yo… lo hice bien? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—¿Bien? —la miró incrédulo—. Lo hiciste mejor que bien. Te saliste de los gráficos. 50 en una escala del 1 al 10. La fantasía definitiva de un hombre.

—¿De verdad?

—Sí —contestó mirándola cauteloso mientras ella daba un tímido paso hacia él—. De verdad.

Con los ojos fijos en ella se dio cuenta de pronto de la sorpresa que había en ella, de la duda que estaba detrás… y recordó que para todos los efectos prácticos estaba tratando con una virgen.

¡Una virgen! No le sorprendía que se estuviera comportando de una forma tan extraña. Era su primera experiencia y él no había pensado ni una sola vez en los sentimientos y emociones que ella podía estar experimentando. O en el dolor, recordó con retraso… y un leve sentimiento de culpa.

—Estás bien ¿verdad? Quiero decir… o sea… no te hice daño a algo así ¿no? —al ver que los ojos de ella se llenaban de lágrimas maldijo en voz baja. Como no sabía qué hacer la tomó de la mano y la atrajo contra su pecho—. No te pongas a llorar —le daba torpes palmadas en la espalda—. No quería disgustarte.

—No me has disgustado, es solo que… —al ver que vacilaba la apartó para poder mirarla bien, temiendo haberla herido después de todo.

—¿Qué?

—No lloro porque esté herida o triste. Lloro porque… me has llegado al corazón —¿llegarla al corazón? Lo habían acusado de un montón de cosas en su vida, pero ni una sola vez de haber llegado al corazón de ninguna mujer. Y ¿qué sería lo que había dicho o hecho para ello?—. Fuiste tan gentil conmigo, tan tierno. O por lo menos lo fuiste cuando estábamos… bueno, ya sabes.

¿Gentil? ¿Tierno? ¿Él? Sin saber qué responder la volvió a abrazar apoyando su barbilla en la cabeza de ella acunándola mientras trataba de recordar exactamente qué podía haber hecho para que ella lo interpretara como algo tierno.

No sabía cuánto tiempo llevaba abrazándola cuando se dio cuenta de que ella tenía las manos en su espalda y estaba acariciándolo. Eso le recordó la forma en que ella le había clavado las uñas y cómo había gritado su nombre cuando llegó al clímax.

Y todo ese tiempo ella creyó que estaba soñando.

Lo que decía poco de sus habilidades como amante y, si lo pensaba bien, dejaba su ego del tamaño de un guisante.

—¿Seguro que no recuerdas nada?

—Oh, lo recuerdo todo. Fue solo al principio cuando pensé que era un sueño —la respuesta no consoló a su ego pero hizo que su ceño se hiciera más profundo.

—¿Cuándo te diste cuenta de que no era un sueño? —ella enrojeció y bajó la mirada.

—Bueno… cuando acerqué mi trasero a tu… bueno, ya sabes.

Ya. Él también recordaba aquello… y todo lo que siguió. Y la verdad es que quería otra oportunidad de repetirlo, de demostrarla que él era un gran amante… y también otra oportunidad de juzgar la habilidad de ella.

—¿Qué te parecería que hiciéramos otro intento? —ella se quedó pálida.

—Quieres decir…

—Sí —se agachó para tomarla en brazos—. Pero solo esta vez. Quiero asegurarme de que sabes que no estás soñando. Vas a recordar todos los detalles del principio al fin.

Capítulo 7

Aquella tarde, mientras daba una segunda mano de pintura Penny reflexionó sobre los acontecimientos de la mañana. La avergonzaba un poco el haber permitido que Erik la llevase de nuevo a la cama sin hacer gran resistencia. Sobre todo después de haberle dicho que nunca más la volvería a encontrar allí.

Se consoló pensando en la conversación que había mantenido con la señora Hilloughby y en que él no sabía bien cómo manifestar el amor. Aunque no se quejaba de su forma de manifestarse en la cama.

Se estremeció al recordar cómo habían hecho el amor y cómo se habían duchado luego juntos. Fue el hambre lo que les condujo primero a la ducha y luego a una tienda de comestibles porque la despensa de Erik estaba vacía.

Ahogó una risa al recordar la excursión al supermercado. Su sobrina de seis años tenía más sentido común para hacer la compra que Erik, que había llenado el carro con todos los artículos de comida basura que había podido encontrar.

Ella había terminado agotada de correr tras él por los pasillos y de devolver cosas a los estantes y poner artículos más nutritivos en el carro.

—¿Dónde pusiste los Donuts? —Penny se puso tensa ante la pregunta de Erik, pero luego se obligó a relajarse y volvió a pasar el rodillo por la pared.

—En la estantería en la que estaban.

—¿Los devolviste?

—Sí. Cómete un plátano.

—Yo no quiero un plátano. Quiero un Donuts —su expresión se parecía tanto a la de un niño terco de dos años que no pudo evitar reírse—. ¿De qué te ríes?

—De ti —dijo ella cuando pudo parar de reír.

—¿Y se puede saber qué he hecho para hacerte tanta gracia? —avanzó un paso hacia ella.

—No hiciste nada. Ha sido por tu cara.

—¿Qué le pasa a mi cara?

—Nada… solo que pareces un niño de dos años haciendo pucheros porque no consigue salirse con la suya.

—Me gustan los Donuts. No tiene nada de raro.

—¿Lo ves? Ya lo estás haciendo otra vez.

—¿Haciendo qué?

—Pucheros. Pero créeme, pierdes el tiempo al usar esa táctica conmigo. Soy inmune a las pataletas. He sido testigo de tantas con mis sobrinos que sé que la mejor defensa es no hacer caso.

—¿Así que tienes idea de no hacerme caso?

—Aja —dijo ella pasando el rodillo.

—¿Y crees que eso me hará olvidar los Donuts?

—Aja.

—Estás equivocada, cara de vaca.

—¿Cara de vaca? —él cruzó los brazos sobre el pecho sonriendo con desdén.

—Si. Cara de vaca. Eso es lo que hacemos los niños de dos años cuando los pucheros no funcionan. Empezamos a insultar.

—Lo que dices me entra por un oído y me sale por el otro.

—Yo soy de goma y tú de pegamento, lo que me dices me rebota y se te queda pegado a ti.

—¡Vaya chiquillada!

—Quiero mis Donuts.

—Te he dicho que los volví a poner en el estante —dijo ella respirando hondo.

—Quiero mis Donuts.

—¡Por Dios! No tenemos Donuts, ahora sé un buen chico y cómete un plátano.

—No quiero un plátano.

—Bueno, no tenemos Donuts, así que tendrás que buscar otra cosa para comer —él dio un paso hacia ella.

—Muy bien —Penny lo miró con suspicacia, no pudiendo creer en su súbita capitulación.

—¿Muy bien qué? —él la tomó por el brazo antes de que pudiera esquivarlo y la atrajo contra su pecho.

—Muy bien. Comeré otra cosa —y empezó a mordisquearla el cuello. Ella se rió.

—Para. No soy un bocadillo.

—No sé —la mordisqueó un lóbulo—. Me parece que sabes bien.

—No.

—No ¿qué?

—No hagas eso. Me estás distrayendo y tengo trabajo.

—¿Trabajo? —se agachó y la puso sobre su hombro—. El trabajo puede esperar —le dijo mientras se encaminaba al dormitorio—. Esto no.

Aquella noche, Penny estaba sentada en la cama al lado de Erik, llevando una de sus camisetas mientras veían una película de vídeo. Tenían un enorme paquete de palomitas y una botella de vino puesta a enfriar en la mesilla. Ella estaba sorprendida de sentirse tan cómoda con él en tan poco tiempo.

—Lo hizo él.

—Demasiado obvio. La asesina es la hermana —él se volvió hacia ella como si acabase de acusar al Papa de herejía.

—¿La hermana? No tiene motivos.
—Hablas como hijo único.
—No hace falta tener hermanos para reconocer a un asesino cuando lo ves.
—Eso es cierto. Pero sí hacen falta para entender por qué su hermana puede querer verlo muerto.
—Eso suena peligrosamente cercano a la voz de la experiencia.
—Lo está.
—¿Quieres decir que has pensado seriamente en asesinar a tu hermano? —ella lo pensó un rato y luego sacudió la cabeza.
—No. Aunque he pensado seriamente en hacerle una cara nueva —Erik soltó una carcajada.
—Me gustaría poder verlo por el ojo de la cerradura cuando lo intentases.
—¿Dudas de mi habilidad como boxeadora?
—Siento apagarte el farol, cariño, pero no veo cómo una cosita como tú podría vencer a un hombre.
—¿En serio? —él dejó a un lado su vaso, se puso el paquete de palomitas en el regazo y volvió a atender a la pantalla.
—Sí, en serio.
En un abrir y cerrar de ojos, Erik se encontró tumbado boca arriba en el suelo y vio el paquete de palomitas rodando fuera de su alcance. Levantó la cabeza sin saber muy bien qué había pasado.
Penny estaba tumbada boca abajo en la cama con la barbilla apoyada en las manos y sonriéndole desde la cama.
—¿Así que una cosita como yo no podría vencer a un hombre?
—Me pillaste con la guardia baja. No habrías podido hacerlo en una pelea limpia.
—¿Quién habló de pelear limpio? Tú mismo dijiste que no podía vencer a un hombre. Estás chafado porque te he demostrado que no tenías razón.
—Levántate.
—¿Qué?
—Levántate y pelea limpiamente conmigo.
—¿De verdad crees que voy a pelear contigo?
—¿Por qué no? ¿Te da miedo perder?
—No abuses de tu suerte, fanfarrón. Me crió mi hermano y aprendí pronto a defenderme. Podría no ser tan blanda contigo la próxima vez —él la tomó de la mano y la hizo ponerse de pie. Puso los puños delante de su cara y empezó a dar puñetazos al aire.
—Venga. Intenta tu mejor golpe.
—Esto es ridículo. No voy a pegarte.
—¿Qué te pasa, ratón? ¿Te da miedo perder esta vez? —ella cerró los puños y él supo que había dado en el blanco. La dio un empujón

en el hombro, haciéndola perder el equilibrio—. Venga, ratón. Vamos a ver lo dura que eres.

Furiosa porque él la hubiera llamado ratón Penny levantó los puños y le dirigió un derechazo. Desgraciadamente, el movimiento de Erik para esquivar el golpe fue un poco lento y el puño de ella le dio debajo del ojo izquierdo. Él se tambaleó sorprendido, tropezó con el paquete de palomitas y cayó al suelo golpeándose con una cómoda. Cerró los ojos, gimiendo, porque le dolía mucho la cabeza.

Cuando abrió los ojos Penny estaba de rodillas a su lado. Las lágrimas le corrían por las mejillas.

—Lo siento. No quería pegarte, de veras que no. Me obligaste tú.

Él la apartó un poco para tener sitio para sentarse.

—Estoy bien —murmuró y luego volvió a gemir por el dolor. Se llevó la mano a la cabeza y la retiró manchada de sangre.

—Te he hecho sangre, por Dios, te he hecho sangre.

—No has sido tú. Me di en la cabeza al caer —ella estaba pálida.

—Pero te caíste por culpa mía. Yo te tiré —Erik sacó una funda de almohada y la apretó contra su cabeza tratando de contener la hemorragia.

—Tú no me tiraste, tropecé.

—Pero no habrías tropezado…

—¡Por Dios, Penny, no ha sido culpa tuya! Tráeme un poco de hielo ¿quieres? Y deja de echarte la culpa, estás haciendo que me duela más aún la cabeza.

—Quédate ahí, ahora mismo vuelvo —más humillado que herido por el golpe de Penny, Erik se tumbó sobre las almohadas. Penny volvió en seguida con una bolsa de plástico llena de hielo picado. Levantó la cabeza de él y la puso en su regazo colocando la bolsa en la herida—. Así. Esto detendrá la hemorragia y hará que no se te hinche.

Erik cerró los ojos mientras ella le acariciaba la cara. Su tacto le resultaba muy reconfortante y apoyó su mejilla más cerca del punto en que se unían las piernas de ella.

—Da gusto —dijo con un suspiro. Se dio cuenta de que a ella le temblaban los dedos—. No llores más ¿vale? No es nada, y si lo fuera habría merecido la pena.

—¿Y eso?

—Porque me imagino que te sientes lo bastante culpable como para ir a comprarme Donuts —ella se rió y le apartó la cabeza de su regazo—. ¡Cuidado! Recuerda que estoy herido.

—Lo siento —él volvió a apoyar la mejilla cerca de la unión de sus piernas sonriendo. Al cabo de un rato ella volvió a acariciarle la cabeza. Él cerró los ojos.

—Quédate a dormir.

—¿Qué?

—Que te quedes a dormir.

—Pero no tengo pijama.

—Eso no pareció importarte anoche.

—Necesito mi cepillo de dientes. Me los lavé con el dedo esta mañana, pero necesito el cepillo.

—Está bien, cara de vaca, tengo un cepillo de sobra.

Aquello se convirtió en un acuerdo de vivir juntos que Penny encontró difícil de explicar incluso a Suzy, que la había pedido que volvieran a su antigua costumbre de comer juntas los viernes.

Penny estaba ya es el restaurante cuando llegó Suzy con unos pantalones de leopardo y unas sandalias de plataforma de diez centímetros, un pendiente en el ombligo y un pañuelo rojo de seda sujetándola el cabello, en aquel momento de un rubio a lo Marilyn Monroe.

Penny sabía que su amiga vestía de forma tan estrafalaria para disimular su inseguridad. Habían compartido secretos desde el instituto… aunque Penny en aquel momento hubiera preferido que las cosas no fueran así.

—Así que estáis viviendo juntos oficialmente.

—No exactamente.

—¿Y cómo lo llamas tú entonces? Llevas más de dos semanas en su casa. Lo sé porque siempre que te llamo me sale el contestador.

—Sigo teniendo mi apartamento.

—Un tecnicismo ¿Lo sabe Jase?

—¿Qué?

—¿De qué estábamos hablando? ¿De cómo van los Lakers en la liga? Hablábamos de tu domicilio actual. Y ahora responde ¿lo sabe Jase?

—Él… bueno…no. Aún no se lo he dicho.

—¡Oh, Dios! Cuando se entere me va a echar la culpa a mí.

Penny sabía que aquello no era ninguna exageración. Jase le iba a echar la culpa a su amiga, como había hecho cuando ella decidió dejar el rancho, como le echaba la culpa de todo lo que había hecho Penny desde que estaba en primero.

—No te preocupes. Le diré que no has tenido nada que ver.

—Ya, como si te fuera escuchar. Te va a volver a llevar al rancho tan deprisa que solo vas a oír el chirriar de los neumáticos.

Penny se estremeció porque sabía que Suzy tenía razón. Si Jase descubriera dónde estaba viviendo y con quién la obligaría a volver a casa… pero no antes de destrozar a Erik por haber malogrado la inocencia y la reputación de su hermana.

—No se lo vas a contar ¿verdad?

—¿Yo? Como si alguna vez le hubiera contado algo, y mucho

menos si va a poner en riesgo tu felicidad. Porque eres feliz ¿no?

—Absolutamente. Erik es todo lo que yo siempre soñé y algo más. Es guapo, inteligente, y es muy divertido estar con él.

—Y en la cama ¿qué tal?

—¡Suzy!

—¿Tan malo es?

—¡Malo! Es fantástico. Increíble. La fantasía erótica de toda mujer hecha realidad. Solo pensar en él me hace… bueno, ya sabes.

—¿Tan bueno es?

—Mejor que nada que puedas imaginar ni siquiera tú. Pero no es solo el sexo. Erik es… perfecto.

—No te estarás enamorando de él ¿verdad?

—Siempre estuve enamorada de él, ya lo sabes.

—Ya, pero aquello era solo humo, una fantasía, un sueño de adolescente del que te habías quedado colgada. Pero esto. Esto parece muy real. Tremendo. Y él ¿qué pasa con él? ¿Siente lo mismo por ti?

—No estoy segura —al ver la mirada de Suzy añadió con rapidez —. Sé que le importo, solo que no es muy bueno para manifestar sus emociones. Es que sus padres no le hicieron caso cuando era pequeño, dejándole al cuidado de las criadas. Nunca aprendió a manifestar sus sentimientos.

—¿Por qué no escuchas lo que estás diciendo? Estás poniendo excusas.

—No.

—Sí que lo haces. Y si no tienes cuidado te romperá el corazón. He estado con suficientes hombres como para saber que cuando evitan usar la palabra querer, sobre todo con una mujer que está durmiendo con ellos suele significar una de estas dos cosas: o bien está casado y tiene a la mujer aparcada en algún sitio o tiene algún problema con el compromiso. Lo que significa que simplemente está dando largas a la mujer porque les resulta fácil acostarse con ella. Ten cuidado. Te romperá el corazón. Apostaría algo.

Asustada por los avisos de Suzy, Penny estuvo pensativa aquella noche. Estaba claro que si Erik no le decía que la quería no era porque tuviera una esposa escondida en ningún sitio. Pero ¿qué pasaba con el miedo al compromiso? ¿Estaba simplemente jugando con ella porque le resultaba cómoda?

No, esa no podía ser la razón. Ningún hombre trataría a una mujer con la ternura y delicadeza con que lo hacía Erik si solo representase una forma cómoda de tener sexo sin complicaciones.

Y no se estaba inventando excusas para él. Simplemente entendía el pasado de Erik y le daba tiempo para que aprendiera a manifestar sus emociones. Se sintió mejor después de pensar eso y le pasó un

dedo por las arrugas del ojo.

—Deberías ir al oculista —absorto en lo que estaba leyendo, Erik la acercó más a él.

—No me hace falta.

—Sí, estás apretando los ojos para ver.

—La letra es muy pequeña.

—La visión es mala.

—No. Estupenda. A ti te veo muy bien.

—Sí, pero soy un poco más grande que esas letras —dijo ella poniéndose de pie.

—Puede que seas un poco más grande, pero mucho más interesante —él dejó a un lado los papeles.

—El lunes a primera hora te pediré cita con un oculista —le dijo en un tono que no admitía discusión—. Y tú vas a acudir a la cita aunque tenga que acompañarte personalmente.

Erik no se molestó en contestar, sabiendo que una respuesta de cualquier tipo sería un desperdicio de saliva. En el breve tiempo que llevaba con ella se había dado cuenta de que era más fácil darle la razón que ponerse terco.

Aunque muchos podrían encontrar mandona a Penny y considerar agobiantes sus atenciones, a Erik le gustaba la forma en que lo regañaba y se preocupaba por él. Aparte de la señora Hilloughby y una larga lista de niñeras ya olvidadas nadie había prestado nunca mucha atención a sus necesidades.

La miró mientras ella colocaba unos gladiolos en un jarrón, le resultaba relajante contemplarla o estar con ella en la misma habitación. No sabía qué era aquello, pero sí que le daba un extraño sentimiento de alegría.

Y aunque sabía que sus amigos solteros le dirían que era el sexo, él sabía que había algo más. Le gustaba estar con ella, hablar con ella, gastarle bromas o simplemente escuchar su respiración cuando estaba dormida.

Y también le gustaba lo que ella había hecho con su apartamento, pensó mirando la habitación. Había creado un ambiente cálido al que le apetecía volver al final del día.

A lo mejor demasiado, pensó sobresaltado, dándose cuenta de que no había hecho ningún viaje de negocios en las últimas semanas. Ese cambio en su rutina debió haber hecho saltar alguna alarma en su cabeza.

Volvió a mirar a Penny ¿era el cambio de decoración o el hecho de que ella estuviera allí lo que hacía que la casa fuera más agradable? Probablemente ambas cosas, pensó viendo su forma de colocar las flores.

—Lo haces muy bien.

—¿Arreglar las flores?

—Sí. Eso y más cosas.

—¿Cómo qué? —fue hacia la cocina, se había sonrojado.

—Como un montón de cosas —la siguió y se sentó en un taburete —. Cocinas tan bien como un chef. Decoras como una profesional. Puedes poner en orden las cosas de la oficina más deprisa que un sargento. Y —añadió tomándola por el brazo cuando pasaba ante él—, eres una amante excelente. No me mires con esos ojos de inocente. Sabes que eres buena.

—¿De verdad lo crees?

—Lo sé —la atrajo hacia él y le dijo al oído—. Vámonos a la cama.

—Pero solo son las nueve —él metió una mano bajo su blusa.

—No estaba pensando en dormir.

—Qué idea más novedosa.

—Aja. Eso pensé.

La atrajo hacia él y la besó. Su sabor desató en él el deseo. Nunca había conocido a una mujer que pudiera excitarlo tan rápidamente… o una que pareciera tan ignorante de los trucos femeninos. La combinación era mortífera, irresistible.

—¿Penny?

—¿Eh?

—Me parece que no vamos a llegar al dormitorio.

—¿No?

—No —se quitó la camiseta y asió el borde inferior de su blusa—. Nuevas reglas.

—¿Qué?

—Demasiado trabajo. A partir de ahora cuando estemos en casa estaremos desnudos —le desabrochó el último botón, pero se detuvo al ver la expresión de ella.

—¿Qué?

—Has dicho… cuando estemos en casa.

—Sí, es lo que quería decir.

—Ya, pero dijiste en casa, como si considerases que yo vivo a aquí.

—Bueno, vives aquí. Más o menos —añadió, súbitamente incómodo por la dirección que tomaba la conversación, así como por la esperanza que observó en los ojos de ella—. Mira, si no estás cómoda aquí…

—Oh, no. Es solo que hoy en la comida Suzy me preguntó si vivíamos juntos y yo… no supe qué responder. Como no hemos hablado de la situación, no sabía bien cómo explicárselo.

Erik se dio cuenta de que estaba en terreno pantanoso. Nunca había pensado por qué le había pedido que se quedase la primera

noche, o ninguna de las noches que siguieron. Él suponía que su relación estaba basada en una necesidad de satisfacción mutua, como todas las relaciones que había tenido hasta entonces y el hecho de que ella estuviera allí era simplemente por comodidad.

Pero entonces recordó que él nunca había invitado a una mujer a pasar la noche con él, como había hecho con Penny. Y nunca había sentido aquella especie de miedo por que si él decía o hacía algo mal ella pudiera irse. Antes de que pudiera pensar en una forma de salir del embrollo ella se llevó las manos a sus mejillas enrojecidas y sacudió la cabeza.

—Lo siento. Olvídalo. No debí sacar el tema.

Sintiendo alivio porque ella no exigiera una respuesta y también vergüenza por sentir ese alivio, Erik la tomó por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Me gusta tenerte aquí, conmigo —dijo sabiendo que eso era verdad.

—Ya mí me gusta estar aquí contigo.

Si a ella le tembló la voz, Erik prefirió no darse cuenta de ello. En vez de eso le alzó la cara.

—¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Estábamos desnudándonos.

Capítulo 8

Erik abrió los ojos, pestañeó y saltó de la cama. Penny se despertó al oírle maldecir.

—¿Qué pasa?

—No encuentro mis malditos pantalones vaqueros.

—¿Para qué los necesitas?

—Ha saltado la alarma de mi portátil.

Antes de que Penny pudiera procesar la información él sacó unos pantalones limpios del armario y se los puso. Cuando vio que se dirigía a la puerta le preguntó.

—¿Dónde vas?

—Abajo. Le puedo seguir mejor la pista con el equipo de mi despacho.

Ya completamente despierta, Penny se puso la bata y fue tras él.

—¿Qué harás si lo localizas?

—Matarlo —dijo Erik entrando en el ascensor. Penny entró con él.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Si, quítate de en medio.

Herida por su rechazo, pero decidida a estar cerca por si él pensaba seriamente en cometer un asesinato apretó los labios y le observó mientras se sentaba ante uno de los monitores y empezaba a teclear los códigos que necesitaba para seguir al pirata.

—Maldita sea —Erik se levantó de la silla y la lanzó hacia atrás de un empellón.

—¿Qué pasa?

—Está aquí. En mi maldito edificio y usando uno de mis malditos ordenadores.

—¿Aquí? —repitió Penny encontrando difícil de creer que alguien se hubiera podido saltar un sistema de seguridad que rivalizaba con el de Fort Knox. Después, al oír el sonido del ascensor salió corriendo y vio cómo se cerraban las puertas tras Erik.

Temiendo por la seguridad de Erik, y también por la del pirata misterioso, bajó las escaleras a toda prisa. En el descansillo del segundo piso se detuvo para recuperar el aliento y abrió un poco la puerta. No vio nada. Abrió la puerta un poco más sin hacer ruido y entró, cerrándola cuidadosamente.

Se detuvo para escuchar. No tuvo que esperar mucho. Un ruido de algo que caía al suelo seguido de un rugido furioso la heló la sangre. Corrió hacia una gran habitación que estaba dividida en una docena de puestos de trabajo. Erik tenía a Boy Wonder contra la pared.

—¡Suéltame! —gritaba el pirata mientras daba patadas.

—Claro que te dejaré ir —gruñó Erik sujetándole por el cuello—. En cuanto lleguen los policías.

—No llames a la poli, tío. No he hecho nada malo. Lo juro. Solo estaba jugando con uno de los ordenadores.

—¿No crees que sea nada malo entrar aquí de noche?

—Yo trabajo aquí.

—Es una maldita mentira. Esto es mío y estoy seguro de que no he contratado a ningún *punk* como tú.

—No lo hizo —era evidente que Boy Wonder tenía problemas para respirar—. Servicio…de mantenimiento. Trabajo…para ellos. Limpio el edificio…por la noche.

Penny dio un paso adelante temiendo que si no intervenía Erik pudiera hacer daño a su prisionero.

—¿Cómo se llama la empresa de limpieza?

—Júpiter. Servicios de mantenimiento Júpiter.

Al ver que el nombre de la empresa era correcto, Penny se acercó más para verlo. Aunque usaba un lenguaje más apropiado para un adulto se quedó atónita al ver que probablemente no era mucho mayor que su sobrino, de trece años. Tenía el pelo largo y con rizos, a pesar de que el aspecto no era muy estimulante, Penny no pudo evitar sentir simpatía por él al pensar qué le habrían obligado a trabajar por las noches siendo tan joven.

—¿Quién es tu supervisor inmediato?

—Harry Rieser —Erik la lanzó una mirada furibunda.

—Deja ya el interrogatorio y llama a la policía. Este chico es culpable —Penny no le hizo caso.

—¿Cuál es el plan de limpieza en este edificio?

—De lunes a viernes. Entramos a medianoche y salimos a las cuatro —el ceño de ella se hizo más profundo, como también sus sospechas de que el chico mentía.

—¿Hay instrucciones o restricciones especiales en este trabajo?

—Destruir todos los papeles que estén en las papeleras. No tocar nada de las mesas. Nadie, excepto Harry, puede ir a la planta ejecutiva. Usar lejía en los baños, por dentro y por fuera.

Penny supo entonces que el chico trabajaba para Júpiter, dado que había sido ella personalmente la que había dado instrucciones para que se limpiasen los baños con lejía. Se acercó a Erik.

—No hay forma de que el chico supiera estas cosas si no trabaja para Júpiter.

—Se olvidó de la restricción más importante de todas. No tocar el equipo.

—No estropeé nada. Tiene que creerme señora. Yo no quería hacer daño. Solo andaba por aquí y por allá.

—Entonces ¿por qué te metías dentro de los sistemas de seguridad? —preguntó Erik y escuchó un grito ahogado del chico al apretarle más la garganta. Penny le puso una mano sobre el brazo.

—Suéltalo, por favor. Le vas a hacer daño.

—No más de lo que merece —contestó Erik negándose tercamente a soltarlo.

—Pero si es solo un niño. ¿Qué edad tienes?

—Dieciocho.

—Lo bastante como para que lo juzguen como a un adulto —el chico abrió mucho los ojos con miedo.

—Dime la verdad ¿cuántos años tienes?

—Cumplo catorce el mes que viene.

—¿Solo tienes trece? —gritó Erik—. ¿Por qué no estás en casa en la cama? —la mirada del chico se hizo dura.

—Porque me gusta comer.

—Pero… tus padres ¿no te cuidan? —preguntó ella sintiéndose débil de pronto.

—No tengo —la rabia de Erik se disolvió y aflojó el brazo.

—¿No tienes padres?

—No —Erik dio un paso atrás dejando caer el brazo.

—¿Dónde vives?

—En la calle.

—Pero ¿dónde duermes? —preguntó Penny incapaz de imaginar que el chico pudiera vivir solo en la calle.

—En todas partes. Bibliotecas, parques. En cualquier sitio en el que pueda tumbarme, aunque lo mejor son las estaciones de autobuses. Están abiertas toda la noche.

Observando la delgadez del chico bajo la amplia camiseta que llevaba ella preguntó.

—¿Cuándo comiste por última vez?

—Ayer. Un tío me robó el dinero. Pero mañana es día de paga y podré llenarme.

Conteniendo las lágrimas que la ahogaban, Penny se volvió hacia Erik.

—Apaga las luces y llévalo arriba, le prepararé algo para comer.

—Oye, espera un minuto —gritó Erik al ver que se dirigía hacia el ascensor—. No voy a llevar a mi casa ningún vagabundo.

Ella se dio la vuelta con los ojos brillantes de ira.

—Muy bien. Entonces me volveré a mi apartamento y lo llevaré conmigo.

Una hora más tarde Erik estaba de pie, apoyado en la nevera y con los brazos cruzados contemplando cómo Boy Wonder se llevaba la comida a la boca con más velocidad de la podía tener Penny para servirle.

Aunque no le había gustado ceder, Erik había hecho lo que le dijo Penny y había subido al chico a su apartamento. ¿Y qué otra cosa

podía haber hecho? se preguntaba a sí mismo si Penny lo había amenazado con llevarse al chico a su casa si él se negaba. Miró al chico con malos ojos. Y a saber lo que le podía hacer un chico como ese a una mujer tan inocente e indefensa como Penny una vez que estuviera solo con ella en casa.

—¿Cómo te llamas?

—Jared.

—¿Tienes apellido?

—Smith —Erik se rió incrédulo.

—Seguro que lo puedes hacer mejor que eso —Jared dejó caer el tenedor y lanzó una mirada helada a Erik.

—¿Tiene algún problema con mi nombre?

—No, si es que es ese tu nombre verdadero.

—Es lo bastante verdadero. Tengo papeles que lo demuestran — Penny lanzó una mirada de aviso a Erik.

—Nadie duda de tu palabra. ¿Quieres otro bocadillo?

—No, señora. Estoy lleno hasta reventar.

—¿No tienes sitio siquiera para un trozo de pastel de albaricoque?

—Bueno, puede que me quepa si es pequeño.

La tierna sonrisa que Penny dedicó al chico hizo que el ceño de Erik se hiciera más profundo y se cambió de sitio para ponerse enfrente de los dos.

—No me has explicado porqué te introduces en los sistemas de seguridad.

—Es un juego. Quería saber hasta dónde podía llegar. A quién podía vencer.

—Debes saber mucho de ordenadores —dijo Penny poniendo un generoso trozo de tarta en el plato. Él se encogió de hombros antes de atacar el postre.

—Teníamos ordenadores en el colegio cuando yo era pequeño. Mi maestro me dejaba quedarme cuando acababan las clases y jugar con ellos.

—¿Te dijo alguna vez que es ilegal introducirse en los sistemas de seguridad?

—Entonces no pirateaba.

—¿Y como aprendiste a hacerlo?

—Tocando aquí y allá.

—¿Y qué…?

Penny retiró el plato de Jared y se puso entre ambos.

—Creo que han sido suficientes preguntas para una noche —se dirigió a Jared—. Apuesto a que estás hecho polvo. Te haré la cama en la habitación de invitados.

Tras acomodar a Jared, Penny volvió a la cocina donde la esperaba

Erik.

—Voy a recoger mis cosas —le dijo y se fue hacia el dormitorio.

—Oye, espera un minuto ¿Dónde vas?

—A mi apartamento.

—¿Por qué?

Señaló hacia el cuarto donde dormía Jared.

—No puedo quedarme aquí si Jared está durmiendo al otro lado del salón.

—¿Por qué no?

—Porque es joven e impresionable. No estaría bien.

—Entonces el que se marcha es él. Para empezar no debí permitir nunca que me convencieras para traerlo aquí.

—¡No puedes echarlo a la calle!

—Claro que puedo. Es de donde vino ¿no?

—La verdad, Erik, no puedes ser tan insensible. Es solo un niño.

—Un niño que ha quebrantado la ley.

—Un niño que no tiene quién lo guíe o se preocupe de él. Necesita…

El teléfono sonó, interrumpiéndola. Miró sorprendida a Erik, que contestó la llamada.

—Thompson —dijo secamente. Penny observó su rostro y el ceño que iba en aumento—. Mándame un email con lo que tienes y me pondré a ello —colgó el teléfono y se volvió hacia Penny—. Tengo que ir al despacho.

—¿Ahora? ¡Pero si son las tres!

—Ya, lo sé. Desgraciadamente hay un rumor de un nuevo virus que se supone que se va a enviar en las próximas cuarenta y ocho horas.

—¿Y qué pasa con Jared? ¡No puedes dejarlo aquí solo!

Con la mente centrada en el problema que le esperaba en la oficina, Erik tomó el plato del pastel y un tenedor y fue hacia la puerta.

—Entonces quédate tú con él.

Penny bajó por la mañana al despacho con una taza de café para Erik, era evidente que estaba agotado después de haber trabajado toda la noche.

—¿Has conseguido algo? —él murmuró una respuesta incomprensible y se llevó la taza a los labios. Penny le acarició el cuello—. Estás agotado. ¿Por qué no lo dejas un rato e intentas dormir un poco?

—No puedo. Tengo que aclarar esto, si no lo hago estropeará los sistemas de las empresas en todas partes del mundo.

Aunque no quería agobiarlo con otro problema, Penny sentía que su preocupación no podía esperar.

—Tengo que hablar contigo.

—¿No puede esperar? Estoy hasta las cejas.

—No, no puede esperar. Jared tiene que ir a la escuela.

—Pues llévalo.

—No puedo llevarlo así como así. Tiene que matricularse y para hacerlo necesita un tutor legal que, como tú bien sabes, no tiene.

—Por favor, dime que no estás sugiriendo que yo me convierta en el tutor legal del chico.

—Yo lo haría con gusto, pero me temo que los jueces no mirarían favorablemente que una mujer soltera se hiciera cargo de un chico de la edad de Jared. Sería mucho mejor si te ofrecieras tú.

—Pero yo ya le estoy dando un lugar donde dormir y comida suficiente como para alimentar a un pequeño ejército. ¿Por qué tengo que reclamar la tutoría, además?

—Porque es tu deber moral como ser humano hacerte cargo de los que no pueden cuidarse a sí mismos.

—Eso me excluye entonces. Me han dicho que soy inhumano tantas veces como para sentirme liberado de esa obligación.

Indignada por su terquedad. Penny hizo girar el asiento de él para obligarle a mirarla.

—Aunque yo misma he tenido ocasión de cuestionarme tu humanidad —dijo furiosa—. Sé que debajo de ese pellejo duro que tienes hay un hombre cálido y cariñoso —la rabia desapareció tan rápidamente como había aparecido—. Oh, Erik —se sentó en su regazo y lo abrazó—. No tiene a nadie más. Por favor, dime que lo harás.

Aunque Erik se temía que era un error que lamentaría cientos de veces le resultaba difícil decirle que no a Penny. Sobre todo si estaba sentada en sus rodillas y lo miraba con los ojos llenos de esperanza.

—Bueno, vale. Pero te tendrás que ocupar tú de todo el papeleo, yo tengo mucho trabajo.

—Gracias, gracias, gracias —dijo ella llorando y besándolo—. Ahora mismo voy a…

Erik la sujetó por la muñeca antes de que pudiera levantarse del todo.

—Hazlo otra vez.

—¿Qué?

—Darme las gracias. Me parece que no lo he entendido bien del todo la primera vez.

—Gracias —susurró ella y luego le lamió el labio superior. Él abrió la boca y ella le volvió a dar las gracias antes de introducir su lengua en la boca de él.

—¡Tío, vete a una habitación o algo!

Penny se apartó de Erik y vio a Jared en la puerta del despacho,

con expresión de desagrado. Avergonzada porque los hubiera sorprendido besándose se levantó rápidamente colocándose la falda.

—Estábamos… hablando de tu futuro.

—Ya. Por eso tenías la lengua en su garganta.

Penny se quedó con la boca abierta, en parte porque lo que había dicho Jared era la pura verdad y en parte porque la sorprendía que un chico tan pequeño hablase de aquella forma. Se puso en jarras.

—Escúchame, jovencito. No te consiento que me hables en ese tono de voz ni que utilices ese lenguaje tan inapropiado.

Erik alzó una ceja sorprendido por la autoridad que demostraba Penny. Jared se metió las manos en los bolsillos y bajó la cabeza.

—Yo solo dije…

—Sé perfectamente lo que dijiste, no hay necesidad de que lo repitas. Y ahora me voy a hacer unas gestiones y tú te vas a quedar en el despacho con Erik hasta que yo vuelva ¿entendido?

—No soy un niño.

—Ah ¿no? —temiéndose por la expresión de Erik que si se iba corriendo él no la iba a dejar marcharse se apresuró a abandonar la discusión y se dirigió a la puerta—. Haré mis gestiones lo más rápido que pueda. Por favor, sé bueno —le dijo a Jared al pasar ante él.

—Oye, yo siempre soy bueno.

—¡Penny! —rugió Erik—. ¡Vuelve ahora mismo!

Penny fue hacia el ascensor sin mirar atrás. Cuando bajaba se apoyó contra la pared y rezó.

«Por favor, que Erik no lo mate mientras estoy fuera».

Después de haber pasado un par de horas a solas con Boy Wonder, Erik temió que iba a perder la cabeza. El chico le ponía los nervios de punta. No es que fuera ruidoso o lo interrumpiera, era solo que Erik no se fiaba de él. Y aunque estaba atento a la pantalla y a los códigos del virus con el rabillo del ojo seguía sus movimientos. Y cuando el chico se detuvo ante un ordenador Erik gruñó.

—Si lo tocas te corto el brazo —Jared alzó los brazos.

—Tómate un calmante, colega. Solo estaba mirando.

A Erik la palabra «colega» le hizo el mismo efecto que si hubieran pasado las uñas por un encerado.

—No me llames colega. Y no toques nada en este despacho ¿entendido?

—No estaba naciendo ná.

—No estabas haciendo nada —corrigió Erik.

—¿Ves? Por fin estamos de acuerdo en algo. Yo no hacía ná.

Erik respiró hondo y contó hasta diez, luego volvió a concentrarse en el monitor.

—Simplemente aléjate de mí, tengo trabajo.

Buscó el punto donde se había quedado y siguió estudiando los complicados códigos del virus.

—Un nuevo virus ¿eh?

Erik se volvió y miró al chico que estaba detrás de él.

—¿Por qué no te vas a jugar a la calle o lo que sea? —sin inmutarse, Jared siguió leyendo por encima del hombro de Erik. Dejó escapar un silbido.

—Jo, colega. Vaya bicho más fastidiado.

Erik giró la pantalla para que Jared no pudiera verla.

—Si no te importa esto es información privilegiada que me han enviado los federales y no es para que lo vea el público.

—Mira, tío. Esto es para niños. Cualquier tonto podría cargarse a este bicho.

Erik apretó el ratón con rabia. El chico se estaba echando un farol. Tenía que ser así. No había forma de que pudiera saber cómo anular aquel virus en especial y menos mirando unos códigos en la pantalla de Erik. Erik no era tonto, llevaba toda la noche estudiando el programa y aún no tenía ni idea de cómo desarticular el virus.

—Ha sido un buen intento, chico, pero no me lo creo. No hay forma de que puedas deshacerlo tú.

—¿Quieres apostar? —Jared se puso al lado de Erik y se inclinó para señalar en la pantalla—. ¿Ves ahí? —dijo indicando una línea de códigos—. Ahí está tu agujero. Pincha ahí y aplastarás al bicho.

Atónito, Erik miró la pantalla. «Tiene razón» pensó, incapaz de creer que a él se le hubiera pasado. «El crío tiene razón». El fallo estaba delante de sus ojos y había estado allí todo el tiempo.

—¿Seré imbécil?

—Cuéntame algo que no sepa —dijo Jared secamente. Vio que había un par de palancas de juego al lado del monitor—. ¡Estupendo colega! ¿Quieres que echemos una al *Stargate?*

—¿Tienes el juego?

Jared se sentó al lado de Erik y tomó su ratón.

—Nones. Pero te lo puedo piratear en Internet —Erik le quitó el ratón de la mano y apartó al chico.

—Eso es ilegal. Además —añadió a regañadientes tomando el CD —. Tengo una copia del juego.

—Ya lo sé. He jugado un montón de veces —sonrió a Erik que le acercó una palanca de juego—. ¿Quieres ir tú primero?

Capítulo 9

Penny salió apresuradamente del ascensor y se dirigió al despacho de Erik, deseosa de contar a Jared y Erik que había resuelto el papeleo. Abrió la puerta y se quedó atónita ante el espectáculo que había ante sus ojos y las cosas que estaba oyendo.

Erik y Jared estaban sentados ante el monitor con los pies sobre la mesa, cada uno con una botella de un litro de refresco casi vacía sobre el estómago mientras sujetaban una palanca de juegos. Los sonidos de una guerra intergaláctica resonaban en los altavoces y hacían vibrar los cristales, ensordeciéndola.

La alfombra estaba cubierta de envoltorios de golosinas y una caja grasienta de pizza en equilibrio precario sobre el monitor.

—¿Qué demonios pasa aquí?

Los dos se pusieron de pie con expresión culpable y Jared escondió la palanca de juegos y pulsó el botón de pausa, quitando a su vez el sonido.

—Oh. La fastidiamos.

—Sí, la habéis fastidiado bien —cruzó la habitación y se agachó a recoger una de las botellas de refresco que estaba manchando la alfombra—. Puedo entender que Jared se aproveche de mi ausencia, solo es un niño. Pero tú. Tú eres un adulto y debías de tener más sentido y no atiborrarte de comida basura. ¡Y fíjate qué desorden! —dejó la botella de un golpe en el escritorio de Erik—. ¿Y el lenguaje que os he oído utilizar a los dos? ¡Os debería dar vergüenza!

—Lo siento —dijo Jared con la cabeza gacha.

—Yo también —murmuró Erik.

—Lo siento no es suficiente —dijo con los brazos en jarras—. No pienso tolerar este comportamiento. Vais a limpiar todo este desorden como yo os diga u os tendréis que atener a las consecuencias.

—Sí señora —dijeron los dos.

—Y cuando hayáis terminado os iréis directamente al piso de arriba ¿entendido?

—Sí, señora —repitieron ambos.

Lanzó una mirada amedrentadora a ambos y se dirigió a la puerta.

—Maldita sea, qué guapa se pone cuando se enfada.

—¿Tú que fumas colega? No hay nada bonito en una mujer con los pantalones a cuadros —riendo, Erik le dio una palmada en la espalda a Jared.

—Eso demuestra cuánto sabes de mujeres.

—Sé lo bastante como para darme cuenta de que no la queremos de malas. Ahora deja de pensar en tus calzoncillos y piensa en algo para que se ponga otra vez de buenas.

Dándose cuenta de que el chico tenía razón Erik apretó los labios

pensativo.

—¿Flores?

—¡Flores! Tío, si quieres salir del cuarto de las ratas tendrás que pensar algo mejor. Joyas —le guiñó un ojo—. Diamantes. Ninguna mujer puede seguir enfadada si su tipo le regala diamantes.

Casa viernes mañana recuerda sin ropa

A pesar de estar escrito en fragmentos Penny no tuvo ningún problema para descifrar el último email de Erik. Volvía a casa el viernes y quería recordarla la nueva norma: no llevar ropa cuando estaban en casa.

Había otro mensaje más: *olvidé decirle al punk que no toque mis juegos de ordenador.*

Riendo apagó el ordenador, tomó su bolso y se preparó para salir. En aquel momento sonó el ascensor. Cuando se abrieron las puertas vio a Suzy con la cara roja sujetando a Jared por la camiseta. Lo sacó de allí de un empujón.

—Llama a la policía —ordenó a Penny, luego se volvió hacia el chico—. ¡Siéntate!

Jared se sentó con tanta rapidez que Penny no tuvo tiempo de pestañear, y menos aún de preguntarse qué hacían juntos.

—¿Qué pasa aquí?

—Este ha intentado ofrecerme dinero en el vestíbulo.

—Es que me he equivocado. Pensé que la tipa estaba en venta.

—Jared ¿cómo has podido?

—Y lo peor es —dijo Suzy furiosa—. Que solo me ofreció veinte dólares.

—Vas a pedir disculpas ahora mismo.

—¿Pedir disculpas? Y un cuerno. Este pervertido va a ir a la cárcel.

—No es un pervertido. Es… Es Jared Smith —no se le ocurrió otra definición mejor.

—Me da igual quién sea. Nadie me va a hacer proposiciones deshonestas con un mísero billete de veinte dólares y que no le pase nada. O llamas tú a la policía o lo hago yo.

Jared se puso en pie.

—Colega, yo me las piro de aquí. La pava está flipando.

Suzy lo empujó para que volviera a sentarse.

—No vas a ir a ningún sitio, a no ser que te lleve en coche la policía.

—¡Suzy! Jared no va a ir a la cárcel. Está viviendo aquí conmigo.

—¿Contigo?

—Sí —Penny sintió de pronto ganas de llorar—. Soy responsable de él hasta que vuelva Erik. Es el pupilo de Erik.

—¿El pupilo de Erik?

—Sí. Se hizo oficial ayer cuando Erik firmó los papeles que lo mandé.

Suzy pestañeó y luego se agachó acercando su cara a la de Jared. Tomó una de sus rastas entre los dedos.

—Apuesto a que tiene piojos.

—¡Oye! Manitas fuera.

—Cuando tu sobrina quiso hacerse rastas la amenazaste con afeitarle la cabeza.

—Lo sé —Jared se volvió hacia Penny.

—¿Tienes algún problema con las rastas?

—Bueno… sí —contestó con sinceridad—. Mi experiencia con el peinado me enseñó que es un nido de parásitos.

—¿Parásitos? ¿Son como bichos o algo así?

—Si te preocupa que aniden bichos en esa especie de fregona que llevas en la cabeza, te puedo cortar el pelo.

—Como que te voy a dejar que te acerques a mí con unas tijeras. Seguro que me cortarías las orejas.

—No, no lo haría. Suzy es una excelente peluquera. Ella se corta y se arregla sola el pelo.

Jared miró el pelo rubio de Suzy recogido en tiras pequeñas de pelo sujetas en la coronilla con una serie de prendedores de colores con forma de mariposa.

—¿Lo juras?

Penny se relajó, aliviada porque se había terminado la escena… y emocionada porque Jared parecía estar pensándose lo de que Suzy le cortase el pelo.

—Juramento triple de perro —contestó usando una frase que había oído a su sobrino.

Erik tiró la maleta en el salón y gritó.

—¡Peeeny! ¡Estoy en casa!

Oyó el grito de alegría en la cocina y se quitó la camiseta, listo para estar desnudo cuando ella llegara a saludarlo llevando puesta solo una sonrisa. Se había imaginado aquel momento durante sus reuniones en la central del FBI y durante su vuelo. Se había saltado todos los límites de velocidad desde el aeropuerto a casa de lo ansioso que estaba por llevarlo a la práctica.

Se quitó las botas y tenía las manos en el cierre de los pantalones cuando ella apareció en el umbral. La sonrisa se borró de su cara.

—Estás vestida —dijo, incapaz de disimular su decepción.

—Dale un descanso a la señora. Acaba de salir de la cama y ya quieres volver a meterla.

—¿Qué haces aquí? Tendrías que estar en la escuela.

—La escuela empieza hoy una hora más tarde. Hay una reunión de

profesores.

—Ah ¿Qué te ha pasado? ¿Se te enredó el pelo en un ventilador?

—Suzy me ha pelado.

—¿Suzy?

—Suzy. Ya sabes, la amiga con la que almuerzo los viernes.

A pesar de sus esfuerzos Erik no podía apartar los ojos de Jared.

—Ah, esa Suzy —sacudió la cabeza, intentando absorber el cambio radical operado en el chico en solo una semana—. ¿Ropa nueva también?

—Ya. Penny pensó que necesitaba trapos nuevos. Como si alguien se fuera a dar cuenta de lo que llevo.

—Claro que se darán cuenta. Las chicas se desmayarán.

—¿Desmayarse? —Jared se rió y luego sorprendió aún más a Erik al darle un beso en la mejilla a Penny—. Mujer, estamos en un nuevo milenio. Se ha acabao la Edad Media.

—Se ha acabado la Edad Media —corrigió Penny conteniéndose para no apartar un mechón de la frente del chico.

—Pues eso he dicho, que se ha acabao la Edad Media —se echó una mochila nueva al hombro—. Hasta luego, colega y coleguita. Tengo que pillar el autobús.

Erik se quedó mirándolo hasta que se cerraron las puertas del ascensor, luego se volvió a mirar a Penny.

—¿Es el mismo chico con el que estuve jugando a *Stargate* la semana pasada?

—Sí ¿a que es el chico más guapo que has visto en tu vida? —dijo ella tomándolo del brazo.

Al notar el pecho de Penny contra su brazo, Erik se olvidó de Jared y recordó por qué tenía tanta prisa en llegar a casa.

—Sí, es guapo —abrazó a Penny—. Pero no tanto como yo.

—No sé —repuso con timidez, luego se rió por su expresión dolida y le dio un abrazo—. ¿Tuviste buen viaje?

—Misión cumplida —la sujetó por las nalgas.

—No esperaba menos —se soltó y le agarró la mano llevándole hacia la cocina—. ¿Has desayunado?

—Sí, en el avión. Pero sigo hambriento. De ti —la tomó en brazos y la llevó al dormitorio, besándola en el camino. Tiró a Penny sobre la cama y luego se inclinó sobre ella—. No tenías intención de bajar a la oficina ahora ¿verdad?

—Bueno, sí, la verdad es…

—No, no. No vas a ir a ningún sitio en un buen rato.

La pasión de sus ojos le quitó el aliento a Penny, pero antes de que pudiera volver a respirar él la había abierto la blusa y había puesto su boca sobre un pecho cubierto de encaje. El la atrajo más hacia él y puso una mano entre sus muslos, acariciando su feminidad. El calor la

invadió.

Era demasiado, demasiado rápido. No podía pensar ni respirar. Pero antes de que pudiera pedirle que fuera más despacio él deslizó un dedo dentro de ella, que sintió que aquello no era bastante. Impaciente por tenerlo entero le bajó la cremallera del pantalón.

—De prisa, por favor —él se tumbó boca arriba, quitándose los pantalones y la puso a ella encima.

—Llevo horas pensando en esto —dijo, y entró en ella—. Días —confesó y se introdujo más.

Con las manos sobre su pecho, Penny echó la cabeza hacia atrás y se movió sobre él. Cada vez más deprisa para acoplarse a su ritmo. Tenía las manos húmedas por el sudor de él y las rodillas le escocían del roce con la colcha. Pero siguió moviéndose, viendo cómo se acumulaba la pasión en su rostro… y experimentando un sentimiento de poder que no había tenido nunca.

Y cuando él llegó al orgasmo la arrastró también. Ella cerró los ojos y abrió los brazos, dejando que la invadieran las sensaciones. Luego se inclinó sobre él, que la besó y se acomodó sobre la cama.

—Podría dormir una semana.

—¿Te he agotado?

—Eso además, pero no dormí mucho mientras estaba fuera. Te echaba de menos a mi lado —Penny se emocionó por aquella confesión, era lo más cerca que él había estado nunca de confesar sus sentimientos.

—Yo también te eché de menos.

—En el futuro vendrás donde yo vaya.

—Eso está muy bien, pero sabes que no puedo.

—¿Por qué?

—Uno de los dos tiene que quedarse con Jared.

—Contrataré a alguien para que se quede con él.

—Tú no harías eso ¿verdad? —preguntó Penny sin saber si hablaba en serio o no.

—Seguro que sí. Tiene que haber alguien en este mundo que esté lo bastante desesperado como para querer cuidar a un delincuente juvenil por dinero —le apretó las nalgas y la atrajo hacia él—. Ya no tengo sueño ¿y tú?

Ella se quedó parada por sus comentarios despreocupados acerca de Jared y apoyándose en él se incorporó para mirarlo.

—Pero no puedes dejarle con cualquiera. Es tu pupilo, tu responsabilidad —frustrada porque él había empezado a mordisquearla un pecho, apartó su cabeza y se sentó—. ¡Erik! Escúchame.

—He oído lo que has dicho, pero no es como si le fuera a encerrar en un armario. Dije que contrataría a alguien para que le eche un ojo

y es lo que haré.

—Pero él no necesita una canguro. Necesita estabilidad, alguien que lo guíe. La seguridad de que hay alguien que se preocupa de verdad por él.

—Eso no estaba en el trato.

—¿Qué trato?

—En los papeles que firmé. Yo acordé ser el tutor del chico, proporcionarle una casa. Que es lo que estoy haciendo —Penny se quedó mirándolo sin poder creer que alguien pudiera ser tan frío, tan carente de sentimientos.

—Pero tú debes sentir algo por él ¿no?

—¿Por qué tengo que sentir algo por el chico? —preguntó malhumorado—. ¿No es bastante con que le permita quedarse conmigo?

—¿Y qué pasa conmigo? ¿Se supone que yo también debo estar agradecida porque me dejes quedarme aquí? ¿Se supone también que eso tiene que ser bastante para mí? —él la miró fijamente un buen rato, luego apartó la mirada con los dientes apretados. Ella se cerró la blusa sintiéndose repentinamente desnuda… traicionada. Utilizada—. Eso no es bastante —dijo conteniendo las lágrimas que amenazaban desbordarse. Se levantó de la cama abrochándose los botones de la blusa—. Ni para Jared ni para mí, de eso puedes estar seguro. Necesitamos más. Necesitamos tu corazón —se le escapó una lágrima y se llevó la mano a la mejilla dirigiéndose rápidamente hacia la puerta.

—¿Dónde demonios vas? Tenemos trabajo —gritó él. Ella no se volvió.

—A casa —murmuró y luego añadió en voz más alta—. Me tomo el día libre.

Erik no pudo terminar ningún trabajo aquella mañana. En vez de eso caminó de un lado a otro de su apartamento esperando que Penny volviera, diciéndose a sí mismo que ella volvería, que solo necesitaba un poco de tiempo para que se el pasase el enfado y entonces se daría cuenta de lo ridícula que había sido su discusión.

Pero cuando pasó el mediodía sin señales de ella su confianza empezó a debilitarse. A las dos estaba sudando y convencido de que tenía una úlcera. A las tres su preocupación sobre la úlcera había dado paso al temor de estar sufriendo un ataque al corazón. A las tres y media estaba en el cuarto de baño buscando en el botiquín un paquete de aspirinas, porque había leído en algún sitio que eran buenas para evitar el infarto.

Oyó el ascensor y, seguro de que era Penny, fue corriendo a la sala. Pero fue Jared el que entro en la casa, no Penny. Sonriendo, Jared

dejó su mochila en el suelo.

—¡Hola, colega! ¿Dónde está la coleguilla? —Erik se dio media vuelta y se dirigió a la cocina.

—Se ha marchado.

—¿Se ha marchado? ¿De marcharse o que ha ido a hacer algo? —Erik se sentó en un taburete y se apoyó en la encimera de granito mirando sus puños.

—Marchado de marcharse.

—¿Qué has hecho para sacarla de sus casillas?

—¿Quién te ha dicho que hice algo para que se enfadase? —Jared se encogió de hombros y fue hacia la nevera.

—Nadie. Pero todo estaba fenomenal cuando me fui a la escuela esta mañana. Tal y como yo lo veo —dijo sentándose al lado de Erik con un refresco en la mano—, tú dijiste o hiciste algo que la sacó de sus casillas y por eso se ha largado. No hace falta ser un genio para imaginárselo —Erik quería negar la teoría de Jared, pero no podía porque el chico tenía razón. Pero él no era el único responsable de que Penny se hubiera ido. El chico también había tenido su parte. Si saberlo, claro, pero la discusión había empezado con el comentario acerca de los defectos que tenía Erik como tutor.

—¿Ya has intentado llamarla?

Erik negó con la cabeza.

—¿Y a qué estás esperando, colega? El teléfono no se va a marcar solo.

Con un suspiro resignado Erik tomó el portátil. Lo miró fijamente un momento y luego frunció el ceño.

—¿Qué?

—Que no me sé su teléfono.

—Dame eso —Jared marcó unos pocos números—. Necesito el teléfono de Penny Rawley —le dijo a la operadora. Esperó tomando un sorbo de refresco, luego miró a Erik—. ¿Quieres que lo marque yo o pagas porque lo marquen ellos?

—Pago.

Satisfecho con su respuesta, Jared sonrió y volvió a llevarse el teléfono al oído. Tras un breve silencio colgó.

—No está en casa.

—A lo mejor ha salido un rato. Puede que haya ido de compras. Las mujeres hacen eso cuando están enfadadas.

—Puede ser —contestó Jared en tono de duda.

—¿Y dónde quieres que esté? —gritó Erik.

—No lo sé seguro. Puede estar con Suzy. O puede que haya ido a ver a su hermano.

—¿A su hermano? ¿Cómo sabes tú que tiene un hermano?

—Me lo dijo ella.

—¿Y crees que ha ido a verlo?

—Puede ser. Sé que lo echaba mucho de menos y también a sus sobrinos —que Jared supiera que Penny echaba de menos a su familia y él no, no hizo que Erik se avergonzara en absoluto.

—Probablemente esté con Suzy. Ya sabes cómo son las mujeres cuando se enfadan. Les gusta reunirse y quejarse de lo malos que somos los hombres.

—Podías llamarla para ver.

—¿A quién?

—A Suzy —un poco avergonzado de que no se le hubiera ocurrido la idea a él Erik miró fijamente el teléfono, intentando acordarse del apellido de Suzy—. ¿A qué esperas?

—No me sé su apellido —Jared le quitó el teléfono de la mano.

—Jo, eres patético ¿sabes? —el chico marcó un número y luego se llevó el teléfono al oído—. Hola nena ¿Cómo te va?—se acomodó en el asiento—. Ha estado bien, supongo, la escuela es la escuela —se rió —. Sí, a las pavitas les ha gustado mi nuevo peinado. He tenido que quitármelas de encima dándoles golpes con la mochila.

Frunciendo el ceño, Erik hizo un gesto para que fuera al grano.

—Oye, nena ¿está ahí la coleguita? Vale está ahí —hubo un silencio y frunció el ceño—. Vale, se lo diré —apartó el teléfono de la oreja y lo colgó.

—¿Y? ¿Qué ha dicho?

—Me ha dicho que te dijera que te vayas al cuerno.

—¿Penny ha dicho eso?

—No. Suzy. No quería que Penny se pusiera al teléfono.

Furioso Erik fue hacia la puerta y luego volvió.

—Ya estoy harto. Voy a ir allí y a traerla a rastras aquí, que es donde tiene que estar —Jared saltó del asiento con un grito de emoción.

—¡Vete colega!

Erik estaba en la mitad de la sala cuando Jared le adelantó camino del ascensor. Sujetó al chico por un brazo, obligándole a detenerse.

—¿Dónde vas? —Jared frunció el ceño y se soltó.

—Contigo.

—No. Voy a ir solo.

—Pero tienes más posibilidades de que vuelva contigo si yo voy también. Sabes cómo es la coleguita. Protectora y maternal y todo ese rollo. Pondré cara de pobrecito huérfano y habrá subido a tu furgoneta antes de que puedas decir Backstreet Boys.

Tentado, Erik vaciló un momento, sospechando que lo que decía Jared era cierto, luego sacudió la cabeza.

—No. Tú te quedas aquí —Jared cruzó las manos sobre el pecho y resopló.

—Tú ni siquiera sabes dónde vive Suzy.

—¿Y tú si?

—Sí. Yo y Penny fuimos a su casa la otra noche después de ir de compras. Tiene una queli guapa.

Otra faceta de la vida de Penny que el chico conocía y él no, pensó con tristeza. Él ni siquiera conocía a Suzy.

—Vale —dijo a regañadientes—. Puedes acompañarme. Pero la boca cerrada. Hablaré yo.

Capítulo 10

Jared subió un poco más el volumen de la radio.

—Necesitas más altavoces, colega.

—¿Quieres apagarlo ya? No puedo pensar con este ruido.

—Como si pensar te fuera a servir de algo. Lo que necesitas es actuar. ¿Le compraste los diamantes cuando estabas fuera como te dije? —Erik no lo miró—. ¡Tío! ¿Cuándo vas a escucharme? Si le hubieras comprado diamantes como te dije no estarías ahora arrastrándote para conseguir que vuelva.

—No me estoy arrastrando ¿entiendes? Entre Penny y yo ha habido un malentendido y yo solo voy a aclararlo.

—Seguro que sí —murmuró Jared, luego señaló una casa—. Es esa casa, la amarilla.

Erik aparcó al lado del coche de Penny, apagó el motor y se hundió en el asiento. Temía el encuentro y, lo que era peor, no estaba seguro de qué le iba a decir a Penny. Respiró hondo y abrió la puerta.

—Tú quédate aquí —Jared había salido antes de que él hubiera terminado de hablar.

—Para nada, colega. Si yo no estoy ahí para soplarte lo que tienes que decir la vas a fastidiar más aún.

Suzy abrió la puerta y sonrió sorprendida al ver a Jared.

—Hola, chico. ¿Qué haces aquí?

—He venido a ver a Penny.

—Está en… —apretó los labios al ver que Erik estaba en el porche. Sujetó la puerta y tomó a Jared por el hombro, empujándolo hacia dentro mirando mientras tanto a Erik con muy malos ojos—. Está en la cocina —le dijo a Jared y luego se colocó ante la puerta bloqueándole el paso a Erik. Sintiéndose como un leproso, él se metió las manos en los bolsillos.

—Quiero hablar con Penny.

—Lo tienes crudo. Ella no quiere hablar contigo.

—Suzy.

Erik vio que Penny le ponía una mano en el hombro a su amiga.

—No pasa nada. Hablaré con él.

—Pero…

—¿Por qué no le haces algo de comer a Jared? Dice que se está muriendo de hambre.

—Vale, daré de comer al *punk*. Pero estoy aquí al lado por si me necesitas.

—¿Querías hablar conmigo? —dijo Penny con los brazos cruzados bajo el pecho.

A Erik se le hizo un nudo en la boca del estómago cuando pudo ver bien su cara. Había estado llorando. Miles de lágrimas a juzgar por sus

ojos hinchados y rojos. Y él tenía la culpa de todas y cada una de ellas. Se sintió avergonzado.

—Sí.

—Hablaremos en el jardín —él la siguió hasta un árbol por el que trepaba una glicinia que tenía dos sillas a la sombra—. ¿Quieres que nos sentemos?

—Vale —él se sentó en el borde de la silla. Como no sabía cómo empezar se inclinó un poco hacia delante mirando el jardín. Aunque rezaba en silencio para que fuese Penny quien sacara el tema, después de un rato de silencio se dio cuenta de que si iban a hablar de algo tendría que se él quien empezase la conversación.

—Quiero que vuelvas al apartamento conmigo.

—Lo siento, pero no puedo —la miró y se sorprendió al ver que ella tenía las mejillas enrojecidas por la ira.

—Si sigues enfadada por lo que dije de Jared.

—¿Enfadada? Esa es una palabra demasiado suave para describir cómo me siento en este momento.

—Mira —se volvió hacia ella—. Ya sé que esperabas que fuera un padre o algo así para el chico, pero eso no estaba en el trato.

—¿Quieres dejar de referirte a tu aceptación de actuar como tutor de Jared con la palabra trato? Él es un ser humano, un chico. Estamos hablando de su vida no de un trato de negocios que hayas hecho —él se puso de pie, estaba tan rabioso como ella.

—Era un trato. Por lo menos para mí. Acepté darle un sitio donde pudiera estar y ocuparme de sus necesidades, pero ni una vez siquiera acepté ser el padre del niño. Y si es eso lo que esperabas de mí no hay trato.

—¿Y qué pasa con Jared? ¿Qué va a ser de él cuando te vuelvas atrás? —como él no contestaba ella se quedó pálida—. ¿Vas a permitir que vuelva a vivir en la calle?

—Si es ahí donde quiere ir —bajó la mirada porque se sentía incómodo con la forma que tenía ella de mirarlo.

—¿Y qué otra posibilidad tiene, Erik? Sólo tiene trece años. Tú eras su única esperanza de escapar de esa vida.

—Espera un minuto. No me vas a culpabilizar con eso. Yo no fui quien puso al chico en la calle. Fue él quien eligió esa forma de vida.

—No, prefirió eso a una casa de acogida.

—¿Casa de acogida? —la noticia fue como un bofetón para Erik.

—Sí, casa de acogida. Cuando lo abandonaron sus padres supo que era allí donde iría a parar y había oído suficientes historias de horror acerca de las casas de acogida como para saber que no quería correr el riesgo de ir a una mala. Para evitarlo se fue a la calle, escondiéndose, trabajando por las noches para poder comer mientras esquivaba a los asistentes sociales que querían que pasara a la custodia del estado y

llevarlo a una casa de acogida. Así que técnicamente tienes razón, Jared eligió vivir en la calle.

El que ella estuviera por fin de acuerdo con él en algo no le sirvió para suavizar la sensación de atontamiento que le había provocado su narración del pasado de Jared. Ni tampoco para aliviar el miedo de estar perdiendo a Penny. Y era por eso por lo que había recorrido la ciudad. Él quería que Penny estuviese con él. En su apartamento, en su vida. Demonios él solo quería que estuvieran como antes de que Boy Wonder hubiera entrado en sus vidas.

—Penny —dio un paso hacia ella y alargó la mano para acariciarle la mejilla, pero ella se apartó antes de que pudiese tocarla.

—Hablaré con el juez el lunes a primera hora.

—¿El juez?

—Sí. Solicitaré permiso para ocupar tu lugar como tutora de Jared. Si aceptan mi solicitud podrá vivir conmigo. Mientras tanto te agradecería que le permitas quedarse en tu apartamento. No tienes que preocuparte de que vaya a ser una carga para ti mientras esté allí. Yo me ocuparé de sus necesidades. Me lo llevaré a casa por las tardes después del trabajo, supervisaré sus deberes, le daré la cena y luego lo llevaré a tu apartamento para que duerma allí.

Erik sintió que caía en picado. Desesperado por salvarse, por agarrarse al último hilo de conexión que tenía con Penny se aferró al único mecanismo de control que le quedaba. El control que tenía por ser su jefe.

—¿Y cómo piensas hacer todo eso y seguir trabajando para mí? Una parte de nuestro acuerdo consistía en que tu trabajo no era de ocho a cinco. Antes de que te ofrecieran el puesto se te dijo que tendrías que trabajar muchas horas, a veces incluso viajar conmigo y dijiste que no había ningún problema.

—Sí. Pero me temo que mis necesidades de disponer de tiempo para mí cambiarán pronto. Pero no te preocupes, a primera hora te entregaré mi dimisión.

Atónito al ver que el as que guardaba en la manga se volvía contra él solo pudo decirle.

—¡Pero no puedes irte así como así!

—Puedo y lo haré. Mírame, Erik.

—Demonios llevo mirándote diez minutos —dijo dándose media vuelta.

—No. Mírame de verdad. ¿Recuerdas la compañera de universidad que te hizo los trabajos de inglés? ¿De la chica que consiguió que te dieran un sobresaliente que tú solo nunca hubieras podido sacar?

—¿Qué demonios tiene ella que ver con todo esto?

—Todo —se mordió los labios y luego dijo con calma—. Yo era esa chica —él abrió mucho los ojos, pero antes de que pudiera decir nada,

de excusarse por no recordarla, ella siguió—. Y tu incapacidad para acordarte de mí me demuestra lo egoísta e insensible que eres.

—Espera un minuto.

—No. Creo que ya he esperado demasiado. Como te dije antes tendrás mi dimisión por la mañana. Tienes quince días para encontrar a alguien que me sustituya.

—Sabía que lo fastidiarías todo —gruñó Jared—. Tenía que haber estado contigo, haber hablado yo con ella.

—¡Cállate!

—Cállate —lo imitó—. Bueno, a lo mejor eres tú el que tiene que callarse, es tu estúpida bocaza la que nos ha metido en este lío.

—Te he dicho que te calles.

—Oye, yo no he tenido la culpa. Si quieres enfadarte con alguien mírate en el espejo. Eres tú el que lo ha fastidiado no yo.

La rabia hervía en el pecho de Erik, alimentada por su frustración al no haber podido convencer a Penny de que volviera con él y la descargó con la única persona que tenía a su alcance… Jared. Dio un puñetazo al volante.

—Ha sido culpa tuya —gritó—. Todo iba bien hasta que tú llegaste. Si no fuera por ti Penny nunca me habría dejado.

Erik no podía dormir. Todo le recordaba a Penny, cada vez que respiraba. Su olor estaba en las almohadas y en la colcha que había tirado al suelo. Su recuerdo lo acosaba. Pero sobre todo no podía quitarse de la cabeza su sorprendente revelación.

Él la conocía de antes. Había pensado a veces que había algo en ella que le resultaba familiar. Había tenido esa sensación de reconocerla, de que algo se removía en su memoria, incluso había llegado a comentárselo a Penny y había intentado preguntarle si se conocían de antes.

Pero ella siempre le cortaba o cambiaba de tema para evitar la respuesta.

¿Por qué? ¿Por qué no había querido hablarle de su relación pasada? ¿Por qué no le había dicho desde el principio quién era?

«¿Y por qué no la recordabas?» Se preguntó a sí mismo. «Tu incapacidad para acordarte de mí me demuestra lo egoísta e insensible que eres». Esas palabras lo mordían. ¿Tan mala opinión tenía de él? ¿Era tan egoísta e insensible como ella decía?

Como no le gustaba la respuesta que surgía de él, se levantó de la cama, aceptando que no iba a poder dormirse y empezó a dar vueltas por el apartamento, con la esperanza de escapar del sentimiento de culpa, así como de su recuerdo.

Pero no sirvió de nada. Ella estaba en todas partes. En el

calendario que había colocado en la nevera para anotar las citas de él y de Jared. En el jarrón con flores de la mesa. En las fotografías que había enmarcado y esparcido por toda la casa. De alguna manera había intuido la importancia que tenían para él.

Penny lo conocía, pensó emocionado. Quizá mejor que él mismo. Y se preocupaba por él y a pesar de que él no la había recordado, a pesar de que era egoísta e insensible, le había cuidado. Ella era cálida, y amorosa y generosa…

Y él la quería más de lo que había querido a nadie en toda su vida.

Tragó saliva al darse cuenta de esto. ¿Sería demasiado tarde? Se preguntó sintiendo cómo el pánico le apretaba el pecho y le impedía respirar. ¿Le daría otra oportunidad para que pudiera demostrarle que no era tan egoísta e insensible como ella creía?

Levantó la mirada y se encontró observando la foto en la que él estaba con los Hilloughby. Los recuerdos lo invadieron. Recordó la noche en que Red fue a detenerle a casa de sus padres porque Erik había estado pirateando en los ordenadores del gobierno y en cómo se lo llevó a su casa, en vez de a la cárcel, cuando descubrió que Erik estaba solo en casa. Los veranos y las tardes que había pasado allí, las horas que Red había empleado en enseñarle a utilizar sus dotes para la informática de forma productiva.

Con la mano temblorosa tomó la foto, dándose cuenta por primera vez de las similitudes que había entre Jared y él. Aunque sus estilos de vida fueran completamente distintos sus vidas no lo eran tanto. Y menos a los trece años. Él, al igual que Jared no había tenido unos padres que se ocupasen de él y también se había refugiado en los ordenadores.

Le gustaba el chico, tuvo que admitir. A pesar de que Penny creyera lo contrario el chico le gustaba de verdad. Era inteligente y divertido…

Y él había amenazado con devolverlo a la calle. Gimió. No, él no lo hubiera hecho nunca, era hablar por hablar. Había sido su estúpida bocaza, como bien había dicho Jared.

Miró hacia la habitación donde dormía Jared. Parecía que había dos personas a las que tendría que convencer de que no era un egoísta insensible. Y cuanto antes se pusiera a ello mejor.

Se dirigió al cuarto de Jared. Se detuvo en la puerta recordando que era muy tarde, luego llamó pensando que a Jared no le importaría que lo despertase, sobre todo cuando descubriera que él necesitaba su ayuda para que lo ayudase a convencer a Penny de que le diera una segunda oportunidad.

Al no haber respuesta abrió la puerta y llamó.

—¿Jared? —se le cayó el corazón a los pies al ver que la cama estaba vacía—. Jared ¿dónde estás?

Aunque sabía que se había marchado miró todas las habitaciones y luego buscó en los demás pisos del edificio antes de bajar al aparcamiento y salir con el coche.

—Vas a hacer un agujero en el fondo de la taza —perdida en sus pensamientos, Penny se sobresaltó y dejó a un lado la cuchara.

—Lo siento.

—Él no merece todas esas lágrimas. Créeme, ningún hombre las merece.

—Ya me lo habías dicho.

—Porque es verdad. ¿No te dije que te iba a romper el corazón? ¿No te avisé de que esto te iba a pasar?

—Sí. Pero se te olvidó decirme qué tenía que hacer para no enamorarme de él.

—Es que yo no lo sé. Nadie lo sabe. Todo esto forma parte de un complot cósmico para volver locas a las mujeres. Los hombres. Son todos imbéciles.

—Erik no —Suzy puso los ojos en blanco—. No, no lo es. Es solo… diferente.

—No me digas.

—No lo comprendes. Erik no puede evitar ser como es, es por la forma en que lo criaron. Es eso, yo sé que es eso. No se puede ser un amante tan tierno y atento como es él y carecer de sentimientos —gimió y se apretó las sienes con los dedos—. Si le hubiera dado un poco más de tiempo habría aprendido a expresar sus sentimientos. A abrirse a mí y a otros. El…

Un golpe en la puerta de atrás hizo que ambas mujeres dieran un bote, sobresaltadas. Se miraron y luego se levantaron. Suzy tomó un cuchillo de cocina y luego se acercó a la puerta.

—¿Quién es?

—Erik.

—Es él —le susurró a Penny, luego se volvió hacia él y gritó—. Vete o llamaré a la policía.

—No me voy a ir hasta que vea a Penny. Es por Jared.

—Te creerás que nos vamos a tragar esa bola ¡Oye! ¿Qué haces? No le dejes…

Pero Penny ya estaba abriendo la puerta. Cuando vio la cara demacrada de Erik le tomó por el brazo y le hizo entrar.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Jared?

—Se ha ido, cuando fui a…

—¿Dónde? ¿Dónde se ha ido?

Suzy dejó el cuchillo en el cajón temiendo que la tentación de usarlo se hiciera demasiado fuerte.

—¿Qué culpa tendrá el chico? Yo también habría salido corriendo

si tuviera que vivir con él.

—Suzy, por favor, no es momento para esas cosas.

Erik hizo como si no hubiera oído a Suzy y se dirigió a Penny.

—No sé dónde. Esperaba que tú pudieras tener alguna idea. He buscado en el apartamento y en los otros pisos del edificio, pero no he encontrado señales de él.

—Podría estar en cualquier parte, ha vivido en la calle. Conoce sitios donde esconderse sin que nadie lo encuentre. ¡La estación de autobuses! ¿Recuerdas? Dijo que a veces dormía allí porque está abierta toda la noche.

Erik se dirigió inmediatamente hacia la puerta.

—¡Espera! Voy contigo.

El trayecto a la estación de autobuses duró menos de diez minutos, pero fue el más largo de toda la vida de Penny. Fue todo el camino rezando para que lo encontrasen allí dormido. Pero cuando llegaron la estación estaba vacía, excepto el conserje de noche que dijo que no había visto a nadie que se pareciera a la descripción que hicieron de Jared.

Descorazonados, volvieron al coche de él y recorrieron en silencio el camino de vuelta a la casa de Suzy. Él detuvo el coche pero no paró el motor.

—Voy a la policía a dar parte de su desaparición.

Aunque Penny sabía que esa era la acción lógica sacudió la cabeza.

—Eso le podría causar problemas. Si está clasificado como escapado… —se mordió el labio para no hablar del daño que eso podía hacer a sus esperanzas de ser nombrada tutora del chico.

—Ha sido culpa mía.

—No. No debes echarte la culpa, fue él quien decidió escaparse.

—Maldita sea, ha sido culpa mía. Lo único que no hice fue arrojarlo a patadas. Le eché la culpa a él de que te hubieras ido. Le dije que si no hubiera sido por él tú no te habrías ido nunca, que seguirías aún conmigo.

—Oh, no.

—Sí, le eché la culpa a él —tragó saliva para controlar la emoción —. Sé que no fue culpa suya, pero estaba como loco, me sentía herido y tenía que echarle a alguien la culpa por haberte perdido. A cualquiera menos a mí. Jared estaba a mano.

Él sintió la mano de ella en su brazo, el consuelo que suponía sentirla, y deseó más que nada en este mundo poder enterrar la cabeza en su regazo y llorar como un niño. Le contuvo el sentimiento de culpa, y puede que también el orgullo.

—Lo fastidié todo. Jared me dijo que lo haría, pero lo que no sabía era que lo había fastidiado todo mucho antes de que él entrase en

escena —buscó el valor para decir lo que tenía que decir—. Tenías razón, soy egoísta e insensible. Siempre lo he sido. Pero quiero que sepas que te recordaba, no muy bien. No tan bien como tú pareces recordarme a mí. Pero de vez en cuando tenía la sensación de que te había visto antes, como el día que nos íbamos a California y yo te alcé en brazos para subirte a la furgoneta. Me pareció que ya había hecho eso antes.

—Y así era —dijo ella con emoción —Él intentó recordar la anécdota.

—Llovía yo había quedado contigo frente a la torre para que me dieras un trabajo que habías mecanografiado.

—Y me ofreciste llevarme a casa en tu coche —él se rió, aliviado al poder recordar.

—Ibas con vestido y zapatos de tacón. Tuve miedo de que se te estropeasen los zapatos.

—Me había arreglado con la esperanza de impresionarte.

—Lo siento, Penny. Yo era joven y estúpido y estaba tan centrado en acabar la carrera y buscarme la vida que no veía a nadie más que a mí. Lo que no es una excusa para haber olvidado a una chica tan guapa y amable como tú.

—¿Pensabas que era guapa?

—Eres guapa —se acercó a ella y la tomó la mano—. Ya sé que es mucho pedir, pero si tu…

Él dijo una palabrota que asustó a Penny, soltó su mano, abrió la puerta del coche y salió corriendo. Penny lo miró y entonces vio a Jared que iba hacia ellos con las manos en los bolsillos como si no tuviera ninguna preocupación. Fue a abrir la puerta recordando cómo le había tratado Erik cuando le descubrió en la oficina, pero se detuvo al ver que lo tomaba en brazos y lo estrechaba contra su pecho. Solo pudo escuchar algunas palabras de lo que se decían: lo siento… no ha sido culpa tuya… volver a casa.

«Sí le importa» murmuró emocionada. «Le importa de verdad». Bajó de la furgoneta y los abrazó a los dos. Los tres empezaron a dar vueltas riéndose.

—¿Os importaría bajar el tono? —gritó Suzy desde su porche—. Tengo vecinos, por si no lo sabíais.

—¡Es Jared, ha vuelto!

—Como si no lo supiera, apareció en cuanto os fuisteis para pedir dinero.

—Tenía hambre —sonrió Jared pasando el brazo por el hombro de Suzy. Aunque Suzy estaba ceñuda Erik observó que no se apartaba, de hecho le pareció ver que pasaba su brazo por la cintura del chico.

—Siempre tienes hambre.

—Tengo que mantenerme fuerte para hacer felices a todas las

nenas como tú.

—Pues vete para dentro y acábate el bocadillo que te hice —Jared vaciló mirando a Erik y Penny.

—No sé qué hacer. En cuanto los dejo solos a esos dos pasa algo malo.

Suzy miró para atrás y vio que Erik y Penny estaban tomados de la mano.

—Confía en mí, chico. Él ya no necesita que lo ayudes.

Penny se rió cuando vio que Suzy se lo llevaba arrastrando hacia casa mientras Jared discutía con ella a cada paso.

—Por lo menos no estará muy lejos si lo necesito —dijo Erik.

—Creo que él te necesita a ti mucho más que tú a él.

—Qué va —dijo tomándola por la cintura—. Le he tomado cariño, creí que me daba un ataque cuando vi que no estaba en su cama.

—Yo también me asusté.

—Penny…

—¿Sí?

—Yo no valgo para esto —dijo resoplando.

—¿Para qué?

—Para decir lo que tengo en la cabeza.

—Ah, yo diría que eres muy bueno para decir lo que tienes en la cabeza.

—Bueno, pues en mi corazón —el pulso de ella se aceleró.

—Sí, parece que tenías algún problema con eso.

—Quiero cambiar eso, pero creo que voy a necesitar algo de ayuda.

—¿De Jared?

—Sí, de él. Pero también de ti.

—Yo siempre he pensado que es mejor decir sencillamente lo que pasa en tu corazón.

—¿De verdad?

—Elimina mucha incertidumbre —él la miró fijamente durante un rato.

—Abrázame.

—Pero si te estoy abrazando.

—No, abrázame de verdad. Esto es muy duro.

—¿Mejor así?

—Mucho mejor —dijo cerrando los ojos. Cuando los volvió a abrir la inseguridad había desaparecido—. Te quiero, Penny. Y te necesito, más de lo que nunca he necesitado a nadie.

—Oh, Erik.

—Quiero que estés conmigo, a mi lado, en mi corazón, compartiendo mi vida, siempre y para siempre —a Penny le resbaló una lágrima y él la tomó con la punta de un dedo y se la llevó a los

labios—. Estábamos hechos el uno para el otro, solo que a mí me ha llevado mucho tiempo darme cuenta.

—Oh, Erik, he soñado con este momento durante años.

—¿Sí?

—Siempre te quise. Desde la primera vez que te vi. Durante diez largos años he soñado que me abrazabas así, y que hacías el amor conmigo. Y cuando vi tu anuncio en el periódico supe que el destino nos había vuelto a reunir.

—Oye, espera un minuto. ¿Soñabas que hacíamos el amor? —avergonzada asintió con la cabeza—. ¿Y yo era bueno?

—Eras el mejor —él se rió.

—¿Y cómo lo sabías si no habías dormido nunca con nadie?

Irritada porque en un momento como aquel él la recordase su falta de experiencia con los hombres, se apartó de él.

—Lo sabía y ya está.

—¡Colega, sabía que la volverías a fastidiar! —se volvieron los dos y vieron a Jared asomado a la ventana del salón, escuchándolo todo —. ¿Es que no sabes que uno nunca se debe cuestionar el juicio de una mujer? —gritó el chico—. Especialmente cuando estás a punto de soltar la gran pregunta. Prométela diamantes, cuanto más gordos y relucientes mejor.

—Eso —dijo Suzy asomando también la cabeza—. Y un coche. Un Porsche estaría bien. Rojo.

Penny se puso los brazos en jarras.

—Has de saber que yo no quiero diamantes ni coches caros. Lo único que he querido siempre es…

Al ver que vacilaba, Erik la tomó del brazo y la obligó a mirarlo.

—¿Qué es lo que quieres?

—A ti. Eres lo único que he querido siempre.

—Entonces te propongo un trato. Prométeme que te casarás conmigo para que podamos adoptar a este chico y enseñarle modales y seré tuyo para siempre.

Ella abrió mucho los ojos y luego, riéndose arrojó los brazos alrededor de su cuello.

—Trato hecho.

Fin